DOBLE JUEGO

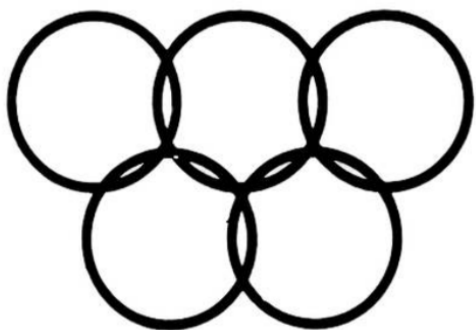
BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

ISLA DE LA CALAVERA

Curtis Garland



COLECCION
DOBLE JUEGO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

63 — *El rey del básquet,* Joseph Berna
64 — *K. O. mortal.* Alan Parker
65 — *Contraataque fulminante.* Adolf Quibus
66 — *Infierno de bambú.* Curtis Garland
67 — *Las zarpas de un gato.* Lem Ryan

CURTIS GARLAND

ISLA DE LA CALAVERA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 68
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B 18431-1983

2.ª edición: julio, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152 Km 21.650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

CALAVERA DE PLATA

El capitán Hans van Drutten giró la cabeza con sobresalto.

La explosión había tenido lugar muy cerca del muelle. Demasiado cerca, para su seguridad personal y la de sus hombres. Otro cobertizo comenzó a arder, uniéndose sus llamas a las de los numerosos incendios que salpicaban la ciudad, convirtiendo la noche en una antorcha resplandeciente.

—¡Vamos, acabad pronto! —tronó, volviéndose a sus hombres, con tono enérgico—. ¡Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes, malditos seáis todos! ¡Esto Se va a convertir, muy pronto, en un infierno! ¡Y todavía no quiero morir hecho pedazos por las granadas de esos salvajes o colgado de un árbol por esas turbas enloquecidas que todo lo arrollan!

—Está todo a punto, capitán —dijo el primer oficial, el fornido y pelirrojo gigante Mac Ready, acercándose a él con un respetuoso saludo. Luego, el tableteo de las detonaciones de modernas armas automáticas, en diversos puntos de la población, le hizo girar hacia allí su rostro barbudo y áspero, con expresión sombría—. En cosa de cinco minutos, podemos levar anclas.

—Cinco minutos —refunfuñó el capitán—. Es poco tiempo. Pero a veces puede ser toda una eternidad... ¡Está bien, Mac Ready, acelere cuanto pueda los preparativos finales! Quiero salir de este nido de locos cuanto antes. La revuelta puede arrasarlo todo... y a nosotros con ello.

—Sí, señor —el oficial se alejó rápidamente, con la decisión pintada en su semblante.

Van Drutten se quedó en la cubierta, contemplando el desierto muelle, los fardos olvidados por los cargadores nativos, el resplandor de las llamas en el cielo cubierto de humo y las formas de cuerpos humanos de negra piel, dispersos acá y allá por las calles adyacentes al puerto, alumbradas tan solo por la claridad escarlata de los incendios. De vez en cuando, una explosión, un grito de agonía o un crepitar de armas automáticas, ponía una escalofriante nota de violencia en el ambiente bélico de la ciudad costera africana.

Súbitamente, la vieja camioneta hizo su aparición, bamboleante, en el muelle abandonado. Van Drutten llevó instintivamente la mano al revólver que conservaba en su cintura, por si era absolutamente necesario utilizarlo. Tal vez aquel vehículo venía repleto de rebeldes ávidos de sangre y

destrucción. O de tropas gubernamentales, no menos salvajes y feroces, llegado el caso.

Respiró con cierto alivio, cuando vio bajar del volante a un hombre de raza blanca, con un brazalete de la Cruz Roja en su brazo. Agitó ambos brazos en dirección al barco, y voceó, frenético:

—¡Eh, los de a bordo! ¡Escuchen! ¡Somos ciudadanos extranjeros de raza blanca! ¡Queremos salir de este infierno, sea como sea! ¡Por el amor de Dios, admítanos a bordo, o las turbas terminarán con todos nosotros!

El capitán Van Drutten vaciló. Era un hombre humanitario, pero en ese momento flaqueó algo en sus convicciones. La proximidad del inminente peligro, hacía emerger, con mayor fuerza, el simple instinto de conservación.

—¡Vamos, responda, por caridad! —insistió el hombre del brazalete—. ¡Traigo conmigo a personas de ambos sexos, huidas del hotel Internacional, que es ahora un completo infierno! ¡Esos bárbaros han masacrado a más de cien personas en las proximidades del hotel, casi todas ellas de raza blanca, extranjeras en el país!

—¿Cuántos vienen con usted? —acabó por preguntar, indeciso, el capitán Van Drutten.

—En total... somos seis, capitán —tartamudeó el hombre—. Yo soy el doctor Levin, de la Misión Católica... Soy el único superviviente en ella, a excepción del padre Carpenter, que estaba fuera de ella cuando se produjo el ataque de los rebeldes, y aun así lo hemos encontrado herido... No podemos causarles mucho daño si subimos a bordo. Tenemos dinero; dólares americanos o libras esterlinas. Pagaremos nuestro pasaje, nuestra manutención. ¡Es un acto de estricta caridad, de humanidad, capitán! Dejarnos en tierra es condenarnos a morir irremisiblemente...

—Está bien, no pierdan más tiempo. Ya vamos a zarpar. Suban, enseguida.

—¡Oh, Dios le premie esto, capitán! —suspiró el hombre del brazalete de la Cruz Roja con evidente alivio. Abrió la puerta de la camioneta, apremiando a cuantos se hallaban pronto—. ¡Vamos! ¡Salgan todos y suban rápidamente a bordo! ¡No pierdan un solo minuto, amigos! ¡Ese honrado y noble marino nos admite a bordo de su barco! ¡Es la salvación para todos! Dios no nos ha abandonado a nuestra suerte, después de todo...

Empezaron a salir personas presurosas del interior del vehículo, algunos de ellos cargados con maletas o bultos, y otros absolutamente sin otra cosa encima que sus propias ropas. El capitán observó que eran dos mujeres y tres hombres, uno de ellos grueso y sudoroso, vestido enteramente de color crudo, en hilo fino, que corría dificultosamente, resoplando y arrastrando consigo una pesada maleta, apretada por dos correas anchas. Otro de los hombres era alto, enjuto y de cabellos grises, de

un reflejo casi metálico, a la luz de las llamas que invadían rápidamente los barrios residenciales de la ciudad. Parecía tener unos cincuenta años. El tercer viajero de la camioneta desvencijada y polvorienta, era un religioso vestido con traje de clergyman, en gris uniforme, con el cuello vuelto. Apretaba contra sí una Biblia, y llevaba una valija liviana y de pequeño tamaño, por todo equipaje.

Las dos mujeres eran jóvenes y, aunque no tenían entre sí ningún notable parecido —una era rubia, incluso, y la otra de cabellos oscuros, casi negros—, se advertía en ellas dos un inconfundible aire familiar, una semejanza difícil de definir, pero semejanza al fin.

Todos ellos corrieron, junto con su chófer improvisado, el doctor Levin, sin desprender de su brazo el distintivo sanitario que les debía haber facilitado el tránsito por la enloquecida ciudad agitada por la revolución de las mayorías tribales, misteriosamente provistas, de súbito, de armamento moderno, y dispuestas a derrocar, a sangre y fuego, al dictador del pequeño país ecuatorial, el sanguinario y tristemente célebre Bonoko.

Su carrera tenía por meta la pasarela que conducía a bordo, y que ya unos marineros se disponían a quitar. Empezaron a ascenderla, hacia la cubierta del viejo barco de cabotaje, mientras en puntos cada vez más próximos tableteaban metralletas, furiosamente, y otra explosión levantó por los aires unos edificios todavía primitivos, de cañas y paja, en un inmediato suburbio asomado a las negras aguas del litoral.

—¡Vamos, vamos, no pierdan tiempo! —les apremió el capitán Van Drutten, mientras por la chimenea del viejo vapor empezaban a brotar nubarrones de humo negro, y trepidaban las calderas a toda presión—. ¡Nos marchamos de aquí inmediatamente!

Subieron presurosos a cubierta, seguidos por el marinero que bajara a desprender la pasarela, para iniciar, luego, la recogida desde a bordo. El ancla se elevaba ya con rapidez, emitiendo su cadena un ruido sordo y agrio, que a los fugitivos del terror bélico les debía parecer auténtica música celestial.

Entonces fue cuando sucedieron dos cosas casi simultáneas, una realmente grave para los ocupantes del barco. Y la otra, totalmente desconcertante, para viajeros y para tripulación.

Fue esta última circunstancia la primera en manifestarse sobre el suelo del puerto, iluminado por los cercanos incendios.

Y consistió en la aparición de nuevos fugitivos.

Esta vez eran tres.

Y no todos eran de raza blanca. Uno, de entre los tres, era de color.

Una mujer de color. Y dos hombres que parecían blancos, pero que al aproximarse al barco, agitando sus brazos, y ser heridos por el resplandor del fuego más próximo, revelaron su verdadera raza. Solamente uno era

blanco. El otro, aunque a distancia lo pareciese, era de raza oriental. Tez aceitunada, ojos oblicuos, pómulos salientes y cabello negro y muy liso, con flequillo. Lo que sucedía es que sus facciones eran tan correctas, su figura tan enjuta y esbelta, que producía la impresión de ser un europeo o un americano y no un chino.

—¡Esperen, por favor! —llamó una de las voces, la del hombre blanco, alto, de cabellos rubios y figura atlética, de auténtico deportista—. ¡Necesitamos salir de este infierno, como todos ustedes! ¡Dentro de poco, la ciudad entera será una pira llameante! ¡Están cazando uno por uno a los extranjeros, y los acuchillan o los ametrallan sin piedad!

—¡Imposible, amigo! —rugió Van Drutten, agitando sus brazos en señal de disculpa—. ¡Ya nos vamos... y permanecer un segundo más en este sitio sería como suicidarse! ¡Lo siento, no puedo hacer nada por ustedes!

—¡Es preciso que lo haga! —gritó la muchacha de color, de piel color canela oscura, corriendo hacia la orilla del embarcadero como un gamo, unida a sus dos compañeros varones—. ¡Miren, ya vienen aquí! ¡Terminarán con nosotros en poco tiempo!

Al buen capitán se le erizaron sus cabellos canosos y escasos, bajo la sucia gorra grasienta, cuando captó la realidad de lo que la mujer de color le advertía. Los demás viajeros, así como los tripulantes, acodados en la borda, también reflejaron en sus rostros la tensión dramática del momento.

La mulata tenía razón.

En el embarcadero irrumpieron, de súbito, hasta cosa de ocho o nueve negros vigorosos, uniformados anárquica, casi grotescamente, con gorras militares de diversos colores, con guerrera unos, con pantalones y torso desnudo otros, descalzos unos, con botas o zapatos, los más.

Gritaban y aullaban furiosamente; su piel de ébano brillaba grasienta, por el sudor y por el resplandor carmesí de los incendios, parecían totalmente ebrios de licor y de sangre, y, lo que era peor, enarbolaban todos ellos armas terribles en aquellas circunstancias.

Dos de ellos llevaban lanzallamas. Algunos, fusiles ametralladores de moderna factura, y otros voluminosos revólveres que disparaban alocadamente en todas direcciones.

Eran los rebeldes sublevados, las tropas tribales del general Bwoonga, el autor de la masacre sangrienta de aquella noche en la capital de Mbango, África Ecuatorial.

—¡Imposible, amigos! —jadeó Van Drutten, excitado—. ¡Ya es demasiado tarde para poder hacer nada! ¡Estamos en marcha!

Y era cierto.

El viejo barco de cabotaje se despegaba ostensiblemente del muelle, con las máquinas a todo vapor, y la anchura entre la tierra firme y la

embarcación, iba aumentando con creciente rapidez.

En ese momento, los negros, gritando órdenes excitadas, señalaron al barco, despreocupándose un poco de los tres extranjeros a quienes perseguían. Su voz gutural no presagiaba nada bueno.

Los dos provistos de lanzallamas, se agazaparon, dando cara al barco, y se dispusieron a barrer con fuego la cubierta del barco.

Gritos de angustia y terror, por parte de pasaje y tripulación, acogió esa medida que podía significar no solo la muerte de muchos de ellos, sino destrozos irremediables en el barco salvador. Intentaron retirarse en confuso tropel, para no ofrecer blanco. Otros negros del muelle, alzaban sus fusiles ametralladores para acribillar el casco del navío y a sus ocupantes con él.

Los tres fugitivos, algo olvidados, puesto que los rebeldes nativos estaban seguros de tenerlos ya en su poder de modo irremisible, no solo estaban perdiendo su última oportunidad de evasión, sino que iban a tener que asistir a una masacre, y quizá a un destrozo irreparable, que haría imposible la fuga de los marineros y de los evadidos del terror.

Pero no se mantuvieron pasivos. Inesperadamente, ante el asombro del capitán Van Drutten y sus compañeros de viaje, entraron en acción.

Saltó uno de los tres sobre la pareja de negros armados de lanzallamas. Era el alto hombre blanco, de cabello rubio, quien lo hacía, con un grito ronco, de concentración física y mental, realmente poderoso, que pareció restallar como un estampido en el ámbito del puerto:

—¡KIAI!

Y su figura atlética, vigorosa, increíblemente ágil, hendió el aire, en un vuelo inaudito, las piernas por delante, los brazos en posición, las manos en forma de Shuto o sable, revelando así su condición atlética formidable, y también sus conocimientos de karate.

Los dos negros de los lanzallamas, se vieron venir aquella figura sobre ellos, sin entender bien lo que sucedía. Lo último que, sin duda, esperaban, era que sus presuntas víctimas pudieran pasar al ataque, como sucedía ahora.

Cayó el rubio joven en Tobi-Keri sobre sus dos enemigos, distendiendo ambas piernas, separadas entre sí, para que sus talones golpearan seca, demoledoramente, en proyección sus pies, las cabezas de los adversarios.

Cada impacto de talón fue directo a un punto vital de los poseedores de lanzallamas. Y los resultados fueron los mismos que si dos hachas les hubieran alcanzado mortalmente.

Heridos por aquellos dos mazazos implacables en el entrecejo de sus rostros chatos y brutales, cayeron hacia atrás, soltando los lanzallamas. Estaban muertos al tocar el suelo.

Lo que podía parecer magia para cualquier profano, no era tal, sino fría

técnica de karate, aplicada a una situación desesperada. Los dos impactos en el Cho-To, o entrecejo, punto de atemi o vital, eran mortales de necesidad cuando los aplicaba un luchador como aquel.

Luego, se revolvió, apenas tocó el suelo, y sus manos en sable alcanzaron, en una kata de Yoko-Muki-Ate, a dos adversarios situados a ambos lados de los abatidos poseedores de lanzallamas.

Es decir, con las piernas abiertas aún tras su salto en proyección hacia adelante, el luchador efectuó un medio paso con la pierna derecha, de lado, su mano izquierda la palma hacia arriba, en la cadera; la diestra, con la palma hacia abajo, a la altura del pecho y situada contra este. La extremidad de los dedos, casi apoyada en el hombro izquierdo.

Sin cambiar de orientación de la mano derecha, que seguía con la palma hacia el suelo, se apoyó contra el pecho con fuerza, y en el momento del impacto, se encontró con el pulgar casi contra el hombro derecho.

La fuerza del contundente golpe, repetido en dirección inversa, solo una décima de segundo después, se demostró al caer atrás, dando trompicones y perdiendo sus armas, los dos negros golpeados.

Eran impactos de codo y de mano realmente demoledores en un experto como aquel.

Pero todo esto, que sucedía en escasos segundos, apenas verosímil para los ojos incrédulos de los testigos hacinados en la borda, tenía su repetición en los otros dos personajes que, rivalizando con el rubio hombre blanco, demostraban también su pericia contra el nutrido grupo de rebeldes negros.

La muchacha de color estaba derribando a un par de hombres armados de revólver, utilizando para ello un movimiento Sho-Men-Ate repetido a velocidad vertiginosa. Consistió la técnica en golpear el antebrazo derecho de cada negro armado de revólver, mientras adelantaba la hermosa mulata un paso su pie derecho. El negro golpeado se desequilibró hacia atrás y hacia la derecha.

Rápida, ella puso su pie entre los pies descalzos del negro, mientras su palma derecha, en potente presión súbita, empujaba atrás el mentón del enemigo, a la vez que con el canto de la mano izquierda empujaba la muñeca derecha contraria. Adelantóse más y más, empujando al negro hasta desequilibrarlo totalmente y hacerle caer de espaldas.

Uno cayó, soltando su arma, y golpeándose en las piedras del embarcadero. El otro, al caer, se le disparó el arma, alcanzando a otro compinche suyo, que combatía con el chino, y que se desplomó, con un alarido, al incrustarse la bala en su espalda.

El oriental, en una pasmosa acción de kung-fu, como la mulata usara el aikido y el rubio el karate, se ocupaba ya de tres hombres poseedores de metralletas, a los que abatió y desarmó con una sencillez inaudita, rivalizando en celeridad con sus compañeros, todos ellos en simultánea

acción que apenas si duró, realmente, unos cinco o seis segundos.

Su forma de ataque estuvo formada por un golpe de talón hacia delante, que dobló en seco a uno de los soldados negros de Mbango, estando el chino en postura de Shi-Ma-Shin o a caballo, arqueadas sus piernas antes del disparo de su pie, realmente devastador. Pero ya para entonces, al saltar, sus manos engarfiadas cayeron sobre los rostros de los hombres armados, que fiaban toda su fuerza en sus metralletas y no podían temer, aparentemente, nada de un hombre desarmado.

Pero el chino, como sus compañeros, llevaba sus más temibles armas consigo: eran sus piernas y brazos. Suficiente para vencer a aquellos tipos ebrios de alcohol y de odio.

Uno de sus puños, cerrados en forma de Ch'uan, o puño de carnero, martilleó brutal, seco, demoledor, con el ángulo de las falanges y metacarpos totalmente agudo, con lo que los sobresalientes nudillos eran como un ariete. Su zona de impacto, la unión del dedo índice y el dedo corazón, hirió el entrecejo de uno de los negros. Cayó este como fulminado, en tanto el otro, al querer usar su arma sobre el oriental, aulló con un dolor infinito, totalmente cegado, de repente, cuando los dedos de la mano zurda del chino, en posición Garra de Águila, golpeó en sus ojos, cegándole. Se tambaleó, incapaz de ver nada, y el propio oriental le terminó de abatir con un duro rodillazo en sus testículos, que desvaneció al adversario con un aullido de salvaje dolor.

Sorprendentemente, todos los adversarios yacían ya en el muelle, desarmados, muertos o inconscientes. Los tres solitarios luchadores habían vencido en una batalla inaudita, que los viajeros no podían pasar a creer.

—¡Vienen más! —gritó el rubio joven, señalando hacia un punto por el que se veían llegar, entre resplandores de fuego, dos *jeeps* cargados de soldados negros provistos de armas automáticas—. ¡Nos acribillarán!

—¡No puedo hacer ya nada por ustedes! —gimió Van Drutten, desolado—. ¡Han salvado nuestro barco y nuestras vidas, pero no podemos volver a tierra o nos darían caza esos salvajes! ¡Daría media vida por poderles acoger a bordo, amigos... pero no puedo, no puedo...!

—¡Gracias, capitán! —dijo, con extraña serenidad, el hombre rubio—. Con su deseo, con su voluntad de acogernos, es suficiente. Lo demás... es cosa nuestra. ¡Lena, Kwan... adelante! ¡Hay que hacerlo, resulte o no!

Asintieron el joven chino y la mulata. Los ocupantes de a bordo no entendían nada. Pero de súbito, vieron correr hacia la orilla del muelle a los tres personajes, como si fuesen uno solo. De sus gargantas brotó un simultáneo grito ronco, de extrema concentración. Era la evidencia de que todas sus fuerzas físicas y psíquicas, toda su voluntad, su fe, su indomable espíritu, estaban puestos en ese momento al servicio de una sola idea fija, de algo que, por encima de todo, tenían que hacer para preservar sus vidas.

Y lo hicieron.

Pasmosa, increíblemente, cuando ya los coches militares desembocaban en el muelle y sus soldados comenzaban a alzar sus armas y saltar a tierra para darles caza despiadada, lo hicieron. Los tres a la vez, en la más hermosa e insólita proeza imaginable, cuando al menos entre el suelo firme y la cubierta del buque había una distancia de muchas yardas, que unidas a la altura del propio casco del barco, ponían una barrera infranqueable entre la gente de tierra y los de a bordo.

El triple grito parecía rebotar aún en los aires, con ecos estremecedores, cuando las tres figuras humanas saltaron al vacío, por encima de las negras aguas resplandecientes de reflejos llameantes:

—¡¡KIAIIII...!!

Tres formas humanas volando. Es lo que parecieron.

Distancia y altura, salvadas en un brinco inverosímil, en una distensión súbita de músculos, tendones, nervios y voluntad, guiados por unas mentes que no sabían lo que era darse por vencidos.

Atónito, el capitán Van Drutten les vio alcanzar la borda, aferrarse a la barandilla, saltar al interior. Y en medio de un júbilo general, de aplausos y vítores, la mulata, el oriental y el rubio de raza blanca, rodaron por cubierta.

Todos tuvieron que tirarse, también, a tierra, cuando los enfurecidos y chillones soldados negros abrieron fuego graneado sobre la cubierta. Las balas rebotaron en las planchas del viejo barco, sin alcanzarles, a medida que se alejaban más y más, a toda máquina, del lugar convertido en infierno.

—¡Bravo, muchachos! —exclamó Van Drutten, tendido en el suelo, enjugándose el sudor del rostro—. Ustedes son increíbles... Casi no parecen humanos... Bienvenidos a bordo. El Calavera de Plata les da la más cordial bienvenida, amigos...

—¿Calavera de Plata? —repitió el hombre rubio, con gesto intrigado.

—Sí. Es el nombre de mi buque. Algún día le contaré por qué...

Los disparos, los incendios, las explosiones, el infierno que era ahora Mbango, quedaba definitivamente atrás. El buque de cabotaje se hacía definitivamente a la mar.

CAPÍTULO II

SUPERSTICIONES

—Silver Skull[1]. Extraño nombre para un barco, ¿no te parece, Frank?

—Sí, muy extraño. —Frank Cole contempló las letras del casco, y miró pensativo hacia la bandera holandesa del mismo, sonriendo luego—. Pero el capitán dijo que nos explicaría eso alguna vez. Supongo que el viaje será lo bastante largo como para dar tiempo a eso y a mucho más. Este es un viejo trasto que navega muy lento. Pero le debemos la vida.

—Y ellos a nosotros —apuntó Kwan Shang, que miraba el ya lejano litoral africano, en el que las sombras de la noche no lograban difuminar aún los resplandores de los violentos incendios en la capital de Mbango—. De no ser por ti, los lanzallamas hubieran barrido la cubierta, matando a gran parte de ellos, y causando enormes destrozos en el barco.

—Van Drutten lo sabe —asintió Cole—. Por eso nos acogió, gustoso, a bordo. No podemos pedirle más.

—Tal vez él y sus pasajeros nos acogieran bien, pero me temo que no todo el mundo a bordo piense lo mismo —apuntó, de pronto, Lena, mordiéndose su carnoso labio inferior con gesto pensativo.

—¿Por qué dices eso? —indagó Frank, volviéndose hacia ella.

—He visto gestos en algunos tripulantes, cuchicheos y comentarios... Me temo que la presencia de una mujer de color a bordo no es de su gusto. Ni tampoco que el pasaje haya aumentado tanto en número. Algunos se quejaban de que habría que reducir las raciones, puesto que no tocaremos puerto en varios días... Otros, decían que con nueve pasajeros a bordo, sus obligaciones aumentan en exceso para los pocos que son.

—Es inevitable, Lena —el joven *budoka* americano paseó por cubierta, pensativo—. No podemos ser del gusto de todos. Esa gente ha pasado una mala experiencia en Mbango. Temen que las cosas sigan mal para ellos. Ya sabes: supersticiones de los hombres del mar. Dicen que una desgracia siempre sigue a otra.

—Caballero, tiene razón —murmuró una apacible voz cerca de ellos.

Se volvieron los tres camaradas que charlaban en cubierta, bajo las estrellas ecuatoriales. Una figura se aproximaba a ellos, cojeando levemente, y con manchas de sangre en una de las perneras de su pantalón, y también en su manga. Algunos vendajes envolvían la mano zurda del

hombre Vestía de gris y, evidentemente, era un clérigo.

—Perdonen si les sobresalté —dijo, con suave sonrisa, el hombre de rostro sereno, bajo los cabellos levemente salpicados de canas. Sus ojos, grises como su indumentaria, se encontraron con las pupilas, también color pizarra, de Frank Cole, el rubio *karateka*—. No pude evitar oírles el comentario cuando paseaba por la cubierta, para respirar un poco de aire puro, sin olor a fuego, a humo y a sangre...

—¡Oh, no se preocupe, padre! —sonrió Cole—. No nos sobresaltó.

—Mi nombre es Carpenter. Jean Carpenter. Soy francés, aunque viví muchos años en el Canadá, antes de aceptar la Misión en Mbango. Ahora no sé adónde iré. A cualquier sitio donde olvidar a los niños asesinados, a las monjas degolladas o fusiladas, y tantos y tantos horrores más —cerró sus ojos, exhalando un suspiro—. ¿Estaban también en Mbango hace tiempo, amigos?

—No, no mucho —explicó Cole—. Veníamos de Sudáfrica cuando el avión sufrió una avería y hubimos de aterrizar en la capital de Mbango, forzosamente. Como no había aviones adecuados para seguir viaje, ni técnicos expertos para reparar la avería con garantías, debimos esperar dos días en esa ciudad. Ahí nos ha sorprendido la revolución de los guerrilleros del general Bwoonga, como llamaban a su líder tribal, y hemos vivido momentos de auténtica angustia, padre. Como todos, imagino. ¿Sus heridas son serias?

—No mucho. Puedo andar y moverme. Mi mano zurda está inutilizada, pero no me causa muchos problemas —se encogió de hombros—. Lo peor fueron las masacres que presencié... ¡Es horrible, amigos míos! África es una gran tierra. Pero sigue sufriendo males irremediables, herencia del colonialismo. El dictador Bonoko era un salvaje, un ser cruel y sanguinario, tan violento como ignorante, pero me temo que Bwoonga no le irá a la zaga. Así ocurre en casi todos los países africanos hoy en día.

—El mundo todo está desquiciado, padre Carpenter —señaló Kwan Shang, amargamente.

—Sí, supongo que sí —el sacerdote les miró con fijeza—. Por eso hace cada vez más falta gente como ustedes, amigos míos...

—¿Cómo nosotros? —Cole enarcó las cejas—. ¿Nos conoce acaso?

—¡He oído hablar tanto de los *Tres Dragones de Oro*...! —sonrió el padre Carpenter. Creí que eran un simple mito, una fantasía. Cuando les vi en el muelle, comprendí que no, que eran realidad. Solo ustedes podían haber hecho algo así. ¡Dios les bendiga a los tres! ¡Se lo merecen!

—Gracias, padre. Ojalá sea así, no ya por nosotros, sino por aquellos que puedan necesitarnos alguna vez. Pero quizá no todos a bordo piensen igual que usted...

—Cierto. No todos piensan igual. He podido advertir que hay gente

hostil a su llegada. Pero no es solo hacia ustedes, sino hacia todos nosotros, los pasajeros forzosos de este viaje. Me temo que la tripulación nos cree de mal agüero. No somos un pasaje de su gusto.

—Es lo que yo decía. Supersticiones de los marineros.

—Sí, tal vez sea solo eso... —el padre Carpenter se encogió de hombros —. Bien, creo que es hora de bajar al comedor. El capitán Van Drutten me dijo antes que en menos de media hora estaría dispuesta la cena. Es una hora avanzada para cenar, pero el capitán cree, con muy buen criterio, que en Mbango no tuvimos precisamente tiempo para dedicarlo a alimentarnos en esta última noche...

—El capitán es un hombre inteligente —afirmó Kwan Shang—. Confieso que tengo mucho apetito. Tal vez sea el aire de mar...

—No te hagas demasiadas ilusiones, Kwan —sonrió Cole, iniciando la marcha los tres junto al padre Carpenter, camino del interior del buque—. No creo que la cocina de a bordo sea capaz de mantener tu apetito abierto durante todo el viaje...

* * *

Frank Cole se equivocó en parte, por fortuna para todos.

Ciertamente, no era una cena exquisita, ni ninguno la esperaba, por supuesto. Se conformaron con aquel pescado en salsa, adornado con puré de patatas y guisantes, las galletas saladas y el café. Quien lo deseó, pudo tomar una lata de cerveza.

—Bien, señores... —el capitán Van Drutten, al frente de la larga mesa donde se acomodaban los nueve viajeros del Silver Skull, con el pelirrojo Neil Mac Ready, segundo de a bordo, al otro extremo, encendió una pipa maloliente, contempló pensativo a su pasaje, tras tomar un largo trago de café—. Creo que ha llegado el momento de hablarles yo a ustedes, y de que ustedes me hablen también a mí. Será una charla breve.

—Diez días como mucho —suspiró Van Drutten, con seguridad—. Conozco mi barco, señores. No es tan malo ni tan lento como parece.

—Quienquiera, puede desembarcar en Walvis Bay —apuntó Cole—. Nosotros, que venimos precisamente de Sudáfrica, no nos importa volver a Ciudad del Cabo. Cualquier cosa es mejor que quedarse en Mbango.

—Usted parece de muy buen conformar —replicó agriamente el hombre gordo, con gesto de ira—. Pero no todos somos igual, amigo.

—Seguro que hubiese dado media vida, cuando estaba en aquel infierno y solicitó subir a bordo —sonrió fríamente Kwan Shang, inclinándose hacia adelante.

El gordo enmudeció con evidente mala gana, y el capitán Van Drutten golpeó su mesa, tratando de obtener la atención de todos los demás.

—No quiero disputas, por favor —pidió—. Debe imponerse la cordura

entre todos. Yo tengo una ruta trazada, y no puedo salirme de ella. Mis a limadores no me lo consentirían. De modo que se hará todo como he dicho. Espero me digan sus nombres para anotarlos en una lista, con los datos que juzguen oportunos añadir. Por supuesto, no exijo que cada cual me cuente su vida, pero me gustaría saber quiénes son las personas que tengo a bordo.

—Padre Jean Carpenter —dijo el clérigo—. Francés. Varios años de residencia en Canadá. De la Misión de Cristo Salvador, en Mbango. No tengo familia en ninguna parte. Iré adonde sea necesario.

—Gracias, padre —dijo el capitán—. Otro, por favor.

—Doctor Adam Levin. Medicina general —dijo el que condujera la camioneta en tan dramáticas circunstancias—. Estaba destinado al Hospital General de Mbango por la Organización Mundial de la Salud, a causa de una epidemia de malaria y por los estragos de la tse-tsé en aquel país. Tengo familia en Estados Unidos. Como el padre Carpenter, iré adonde sea.

—Otro.

—Duncan Travers —refunfuñó, con tono de disgusto, al gordinflón—. Comerciante. Soy ciudadano americano. De Detroit, Michigan. Estoy separado de mi esposa. Es todo.

—Yo soy Karin Hawkins —dijo la joven rubia con tono suave—. Y ella, mi prima Jessie Hawkins. Inglesas las dos. Hemos residido algún tiempo en Australia. Nuestros padres viven en Leeds, y tenemos un hermano en Melbourne.

—¿Qué hacían dos jóvenes tan encantadoras y bonitas, solas en Mbango? —preguntó galantemente el capitán Van Drutten, mirando a ambas muchachas con aire complacido.

—Es una larga historia —rio la morena, que según su prima, se llamaba Jessie—. Somos actrices. Teatro, cine, televisión. Estuvimos rodando recientemente una serie para la televisión inglesa en el Congo y Tanzania, y posteriormente decidimos quedarnos pasando unos días de turismo, tras el rodaje, antes de volver a Londres, ya que durante las jornadas de trabajo apenas si pudimos disfrutar de la verdadera África que queríamos conocer.

—Obviamente, no disfrutaron demasiado esa otra África —comentó, con ironía, Frank Cole.

—No, muy cierto —la morena Jessie se volvió, clavando sus ojos color ámbar en el joven *budoka*, con ostensible interés—. Esos días últimos en Mbango fueron realmente como una pesadilla de la que estábamos deseando despertar... y a punto estuvo de que no ocurriera así. Personalmente, capitán, estamos dispuestas a ir adonde sea. Todo es preferible a ver un nuevo infierno semejante. No solo eso, sino que le estamos muy agradecidas. Le debemos la vida, lo mismo que al doctor Levin, que nos sacó del centro de la ciudad para huir hacia los muelles

cuando advirtió que el aeropuerto estaba en poder de los rebeldes.

—Gracias, señoritas —suspiró el capitán—. ¿Nos quedan ahora...?

—Yo —declaró el hombre alto, de facciones angulosas, de nariz halconada y rara personalidad, cuyo cabello parecía metal hilado, de un color gris acero—. Soy Cyril Waxman, profesor en biología y bioquímica.

—Waxman... —declaró Cole con sorpresa, volviéndose hacia él—. He oído hablar de un profesor Waxman, de su genial labor en la investigación de ciertas especies zoológicas y su desarrollo celular, así como el comportamiento en determinadas circunstancias...

—Ese no soy yo —sonrió débilmente el hombre—. Es mi hermano Alexis. Un genio en su especialidad, señor. Trabajé con él muchos años, y traté de aprender de su persona, pero nunca he llegado a su altura. Desgraciadamente, desapareció.

—Lo siento. No lo sabía. ¿Cuándo murió? —se interesó Cole.

—Ni siquiera sabemos si murió. Desapareció, eso es todo.

—¿Desapareció?

—Sí. En un viaje a África, para estudiar ciertas especies animales y experimentar en algo que tenía entre manos y que nunca me reveló. Por eso estoy aquí. Hace cuatro años de su desaparición. Le di por muerto, hasta que un informe confidencial me reveló que alguien creía haberle visto en el África Ecuatorial cazando fieras vivas en compañía de un conocido guía y explorador. Pero no ha sido posible dar con ese rastro hasta ahora...

—Entiendo. —Van Drutten miró ahora fijamente a los tres últimos pasajeros llegados a bordo—. Bien. ¿Y ustedes...?

—Yo soy Frank Cole, norteamericano. Ellos, Lena Tiger, también norteamericana, y Kwan Shang, de nacionalidad china, residente en Estados Unidos. Somos *budokas*, ¿entiende? Luchadores de Artes Marciales, capitán.

—Lo imagino, tras haberles visto pelear contra tantos enemigos armados... y luego saltar toda esa distancia increíble hasta el barco. Pero ¿eso es una profesión, señores?

—No —sonrió Cole—. Ningún *budoka* puede ganar dinero con sus conocimientos, salvo si instala un dojo, un gimnasio-escuela para enseñar a los demás cómo se lucha.

—¿Estaban instalando uno de esos gimnasios en Mbango? —dudó Van Drutten.

—No, no era ese el caso —rio Frank—. No somos maestros de nadie.

—Entonces, ¿a qué se dedican?

—Yo sé lo diré, capitán —terció el padre Carpenter—. Son los *Tres Dragones de Oro*.

—¿Los... qué? —se sorprendió el marino.

—¡Los Dragones de Oro! —repitió, súbitamente, el doctor Levin,

mirando con asombro a los aludidos—. ¡Claro, ahora lo entiendo! Son ellos... Así, tiene sentido lo que pasó en el muelle. Capitán, estos dos hombres y esta mujer tienen todo el dinero necesario para vivir sin problemas. Pero ellos se buscan los problemas, gratando de resolver los de los demás por puro altruismo. Son una especie de caballeros andantes de nuestra época. Ponen su fuerza y habilidad al servicio de los que no pueden defenderse de la injusticia, de la violencia o del crimen. Y jamás cobran un solo dólar por ello...

—En algo consistirá su negocio. Yo no creo en los altruistas. No hay ya nadie desinteresado en el mundo —masculló el hombre gordo.

—Piensa por usted mismo, señor Travers —replicó agriamente el doctor Levin—. Los comerciantes son todos iguales.

—Comerciantes... —apoyó el profesor Waxman, mirando fijamente al gordo Duncan Travers—. Me gustaría saber la clase de comerciante que es usted, amigo. En el hotel oí decir que los soldados leales al dictador Bonoko buscaban tenazmente al traficante que proporcionó el cargamento de armas automáticas a los rebeldes de Bwoonga. Creían que podía ser un extranjero, un blanco...

—¿Qué trata de decir? —se irritó Travers, irguiéndose—. ¿De qué diablos me intenta acusar? ¡Yo soy un honesto vendedor de herramientas de labranza, de bombas para la extracción de agua subterránea, y todo eso! ¡Represento a la Sociedad General de Industrias Agrícolas de Missouri, y nada más! Puedo probar cuanto digo, ¡malditos sean todos...!

—¡Ya basta! —atajó el capitán severamente—. No quiero más problemas aquí. Si quieren discutir ustedes, lo harán fuera de mí vista. Pero recuerden que estoy dispuesto a mantener la disciplina en mi barco, ¿está bien claro? Ahora, señoras y caballeros, vamos a concluir esta reunión. Tienen ustedes asignados sus camarotes. No hay en ellos lujos ni comodidades. Este no es un transatlántico, sino un barco de carga que, como máximo, puede resultar mixto y transportar algún pasaje... aunque no tantos como tenemos ahora. Por ello, señores, algunos de ustedes compartirán camarote. Usted, señor Cole, lo hará con su compañero el señor Kwan Shang. Usted, señorita Tiger, lo compartirá con las señoritas Hawkins... a menos que ellas tengan algún prejuicio racial.

—Ninguno, capitán —se apresuró a decir Karin Hawkins, dirigiendo una sonrisa a Lena—. Lo compartiremos gustosos con ella. Es una amiga. Contribuyó a salvar nuestras vidas cuando luchó contra aquellos soldados asesinos...

—Gracias —sonrió Lena a su vez—. Hice lo que pude. Por ustedes... y por mí misma.

—En cuanto a los demás, pensaba ponerle con alguien, señor Travers, pero mucho me temo que eso no va a ser fácil ni conveniente —sonrió Van

Drutten, agriamente—. Dormirá solo. Es la ventaja de no disfrutar de simpatías con los demás. Los restantes, compartirán sus camarotes del siguiente modo... Padre Carpenter y doctor Levin. El profesor Waxman ocupará una antecámara del camarote de mi segundo, Neil Mac Ready.

El pelirrojo torció su gesto, con un ademán de resignación. Luego, el capitán se puso bruscamente en pie.

—Es todo, señores —dijo—. Pueden salir a cubierta o retirarse, si gustan. La reunión ha terminado. Celebro que todos entiendan la situación. Si fracaso en este viaje, la compañía armadora consideraría que estoy demasiado viejo para navegar, y me quitaría el barco definitivamente. No quiero que eso ocurra. Debo llegar a Ciudad del Cabo y descargar lo que llevo en las bodegas. Allí me espera otra carga, que si no arribara antes de fin de mes, será entregada a otro carguero, y mis armadores perderían en este viaje más de doscientos cincuenta mil dólares. Como ven, no es ninguna broma. Ya perdí demasiado tiempo en el puerto de Mbango, retenidos por las autoridades locales a causa de una decisión personal de su derrocado dictador, Bonoko.

—No hay más que hablar entonces, señores —apoyó el segundo, Mac Ready, incorporándose también—. Mi opinión personal es que su presencia a bordo no hará sino complicar las cosas, pero así ha querido el destino que sean las circunstancias, y así hemos de aceptarlas.

—Oficial Mac Ready, no hable de eso. Ya sabe que no creo en supersticiones tontas.

—Hace mal, señor. Desde un principio, sabía que este viaje no tendría suerte. Es la primera vez que me enrolo en este barco. Y la última. No entiendo por qué un trasto como este ha de llevar un nombre tan macabro como el de Calavera de Plata, capitán.

—Así lleva muchos años, y así seguirá mientras yo lo capitanee —afirmó Van Drutten con energía—. ¿Y saben por qué? Porque una vez naufragué con él, y me causé heridas en la cabeza de las que cualquier hombre hubiese muerto. Ahora llevo un par de placas de plata en mi cráneo. Y es mi calavera la que da ese nombre al barco, ¿entendió bien, Mac Ready?

—Quizá sea así, señor. Pero entre la tripulación, la idea es muy otra. Creen, como yo, que ese nombre puede atraer la mala suerte durante un viaje como este, bordeando la costa occidental de África. Y hay una razón para ello.

—¿Cuál es esa razón, Mac Ready?

—¡Oh, no vale la pena hablar de ella! —manifestó agriamente el segundo de a bordo, encaminándose a la salida—. Como usted dice, no cree en supersticiones.

No ganaríamos nada mencionándolo, capitán. Buenas noches a todos.

Salió, cerrando la puerta tras de sí. Los presentes se miraron, pensativos, levemente preocupados algunos de ellos.

—¡Bah! Ya se lo dije antes. —Van Drutten se encogió de hombros—. Simples supersticiones. Mi barco es más fuerte que todos los miedos de la gente del mar. No sé lo que se les ocurrirá pensar sobre el nombre del barco, y demás zarandajas. Pero yo llevo sobre este viejo cascarón treinta años de mi vida, y no tengo queja de ello. Siempre tuve buena suerte.

—Cuando veníamos a cenar, señor, oí hablar a unos marineros de su tripulación entre sí —dijo, bruscamente, el profesor Waxman—. No pude evitar escuchar algo de lo que decían.

—¿Y qué era ello, profesor? —se interesó vivamente el holandés.

—Bueno, decían que con un holandés como capitán, y un barco con semejante nombre... no era difícil pensar en el Buqué Fantasma...

—¡El Holandés Errante! —Van Drutten soltó una carcajada—. ¡Cielos! ¿eso piensan ellos?

—No solo decían eso. Otro marinero contestó que lo peor no era el Buque Fantasma, sino que había vislumbrado ya brumas en el litoral y en los islotes cercanos. Y que esas brumas ecuatoriales eran un mal indicio, porque en ellas podía estar la isla...

—¿Qué isla? —parpadeó Van Drutten, perplejo.

—No sé. Eso ya no lo oí. Pero, evidentemente, tenían miedo al mencionarla. Su voz tembló al hacerlo... y su interlocutor se persignó.

—Está bien, profesor. Gracias por el informe. —Van Drutten hizo un gesto ambiguo, de escepticismo—. No vamos aviejarnos impresionar por esos bobalicones. Me conozco todas las supersticiones marinas, y no creo en ninguna de ellas. Tengo, eso sí, un gran respeto al mar, pero eso es todo. No creo en fantasmas, en aparecidos ni en leyendas de buena o mala suerte. Les recomiendo que hagan lo mismo, señores, oigan lo que oigan. Ahora, buen descanso, y hasta mañana. Perdonen lo defectuoso del menú, pero ha sido una cena improvisada, dadas las circunstancias. Mañana será todo mucho mejor.

Así terminó la reunión con el capitán Hans van Drutten. Todos se retiraron a sus alojamientos. El Calavera de Plata seguía su navegación, a más de cien millas de la costa africana, descendiendo por la zona ecuatorial, hacia su destino en el sur.

Las brumas, en la distancia, flotaban sobre las aguas, como dibujando formas irreales, perfiles de falsos litorales que luego se diluían en las neblinas cálidas de la región ecuatorial.

Silenciosos, en supersticioso temor constante, los ojos de los tripulantes se fijaban con frecuencia en aquellas nieblas marinas. Como si esperasen que, de ellas, surgiera algo espantoso, que solo ellos conocían...

CAPITULO III

MOTÍN A BORDO

La monotonía acostumbraba a ser la tónica de los largos viajes marítimos, especialmente en un barco forzosamente lento, como era uno de carga. El Calavera de Plata, pese a su vejez y aspecto pesado, era más rápido de lo previsible. Aun así, el tedio, a bordo, resultaba inevitable. El litoral africano, ni siquiera era visible en la distancia. El calor caía como una húmeda losa sobre los viajeros y tripulantes, y el bochorno ecuatorial hacía transpirar la piel, que brillaba como si estuviese cubierta de linimento o de bronceador.

Frank Cole hacía sus flexiones y ejercicios habituales en el puente, aspirando con fuerza aire con olor a salitre y yodo, inmune, al parecer, a los agobios del calor y la humedad. Kwan Shang, que había terminado sus propios ejercicios, se enjugaba el sudor en una toalla. Más allá, Lena Tiger contemplaba el mar asomada a la borda, ya recuperada del duro ejercicio que había sido la primera en realizar.

—Es admirable —dijo una voz.

Kwan se volvió, mientras Cole abstraído en su labor de entrenamiento, ni siquiera se movió o miró al que hablaba. El joven chino hizo un gesto ambiguo.

—¿Qué es lo admirable, doctor Levin? —se interesó.

—Lo que hacen ustedes. Parece como si el calor, y con él todo lo que les rodea, no existiera en sus momentos de ejercicios físicos.

—Así es. Nos aislamos de todo. Es una labor de concentración absoluta. Se consigue con años de práctica. Y con una mentalización adecuada.

—Lo sé. De todos modos, es admirable —insistió el médico con un suspiro. Luego, contempló la figura redonda y sudorosa del americano Duncan Travers, resoplando allá en la cubierta, con solo una camiseta y un pantalón, tendido a la sombra. Se echó a reír, despectivo—. En cambio, esa bola de sebo...

—¿No le es simpático el señor Travers? —sonrió Kwan, hermético.

—No, en absoluto. Ni a mí, ni a nadie. Realmente, es un hombre sumamente desagradable. No me sorprendería que fuese mentira esa historia de las herramientas agrícolas... y lo que llevara entre manos fuese

el tráfico de armas que hizo posible ese baño de sangre en Mbango.

—¿Cree que es él, quien proporcionó las armas a los rebeldes?

—Podría jurarlo. Nada más fácil que introducir armas en unas cajas con pretendido material técnico para la agricultura. Una capa de herramientas inofensivas... y debajo lo demás. Las armas de fuego para hacerse rico a costa de la sangre ajena...

—Habla usted como si fuese un agente del Gobierno persiguiendo a un sospechoso —rio Kwan burlonamente.

—Es que soy un agente del Gobierno, señor Shang —dijo, inesperadamente, el doctor Levin, tras una mirada recelosa en torno—. Agente del Gobierno de todos los países, para ser exacto. Las Naciones Unidas me envió para algo más que detener una epidemia.

—¿De modo que no solo es médico... sino agente de la ONU?

—Algo así. Un departamento especial de la ONU que se ocupa de cuestiones benéficas.

—No lo entiendo muy bien, pero ¿por qué me cuenta todo eso a mí, doctor Levin?

—Porque usted es uno de los Dragones de Oro. Y quizá, no tardando mucho, necesite su ayuda.

—¿Mi ayuda? —Kwan enarcó las cejas, mientras allá, en el puente, Frank Cole terminaba sus ejercicios gimnásticos y el entrenamiento de sus katas de lucha oriental—. ¿En qué sentido, doctor?

—No lo sé aún. Posiblemente la ayuda de ustedes tres. Sé que puedo confiar en todos. Son las únicas personas, con el padre Carpenter, y quizá con el capitán Van Drutten, que me merecen confianza en este barco. ¿Sabía algo sobre la colección Darrow?

—¿La colección Darrow? —Kwan Shang meneó la cabeza, pensativo —. No, nada. ¿Qué es?

—La colección de diamantes y esmeraldas más hermosa del mundo. Pertenece a un multimillonario, Spencer J. Darrow, pero este la donó filantrópicamente para que las Naciones Unidas hicieran exhibiciones de tales gemas, y el beneficio de sus exhibiciones públicas pasaría a engrosar los fondos benéficos de la organización, para ayuda a los países en subdesarrollo. La Idea gustó en la Organización Mundial, y así se hizo. Últimamente, el dictador Bonoko se había puesto terco, prolongando durante demasiado tiempo la exhibición de tales gemas, y ello hizo sospechar a la ONU que pretendía apropiarse de ellas, fingiendo acaso un robo o algo parecido. Me delegaron esa tarea secretamente, y cuando me disponía a cumplirla, sacando las piedras del país, estalló la revolución.

—Y las piedras se perdieron definitivamente —suspiró Kwan.

—¡No, no! Antes de caer en poder de los rebeldes el palacio de exposiciones de Mbango, alguien se apoderó de las gemas. Y las sacó del

país. Ahora, están a salvo. A bordo de este barco.

—¿Usted... usted logró...? —los ojos almendrados de Kwan le miraron, sorprendidos.

—Sí —asintió el médico—. Lo logré. Las tengo ahora conmigo. Aquí.

—¡Cielos...! —Kwan miró de nuevo en derredor, pero estaban solos—. ¿Alguien sabe...?

—Nadie, en absoluto. Solo usted y yo, señor Shang.

El valor de esos diamantes y esmeraldas bordeará los tres millones de dólares. Suficiente dinero como para que todos fuéramos asesinados, si alguien lograse averiguarlo.

—Supongo que los tendrá bien escondidos.

—Perfectamente, por supuesto —sonrió el médico—. Pero eso no sería obstáculo para que fuesen hallados, si se descubriera que viajan a bordo, usted lo sabe.

—Sí, me temo que sí —asintió Kwan, preocupado—. ¿Puedo hablar de ello con Frank Cole?

—Naturalmente. Ustedes tres pueden hablarlo. Ya les dije que confío en ustedes. Y en nadie más. Tres millones de dólares, es demasiado dinero... Dios quiera que nadie llegue a saberlo hasta que lleguemos a Ciudad del Cabo y pueda ponerme de acuerdo con las autoridades de la República de Sudáfrica, para reintegrar la colección Darrow a la ONU...

* * *

—¿Está seguro, Mac Ready?

—Totalmente, Zarkov. Esas piedras preciosas están a bordo.

—¿Quién las tiene? —preguntó el marinero Iván Zarkov, con ojos centelleantes de codicia.

—No lo sé. Desde luego, uno de esos nueve pasajeros. No hay duda sobre ello.

—Va a ser difícil localizarlas, entonces.

—No lo creo. Estamos en alta mar, lejos de toda posible ayuda exterior. Es la ocasión propicia, Zarkov.

—Contaríamos, seguro, con Jan Kazán y otros cinco. Scorza, no es seguro. Ese italiano parece demasiado honrado para meterse en un motín.

—Pues tendrá que hacerlo... o ponerse contra el motín —dijo, secamente, el primer oficial de a bordo—. El capitán Van Drutten jamás permitiría que nos quedáramos con los diamantes y echáramos al mar los cadáveres de esos nueve pasajeros.

—Eso, desde luego. Es un maldito puritano —refunfuñó el marinero ruso—. ¿Cómo supo usted, Mac Ready, que los diamantes y las esmeraldas Darrow estaban a bordo?

—Tenía noticias de su robo en la ciudad. Mi amigo en Mbango, el que

tenía que facilitarnos el golpe para apoderarnos de ellas, antes de zarpar, me avisó de que era inútil intentar nada. Ya se había llevado las gemas un hombre blanco.

—Un hombre... Podemos descartar, entonces, a las chicas. Quedan seis sospechosos. Cinco, si descontamos al chino.

—Pudo ser blanco o amarillo. Mi compinche en Mbango era un negro que entendía poco de razas de piel clara. Tampoco pudo describirme bien al ladrón. El humo y las llamas que rodeaban la sala de exposiciones, se lo impidieron. Por tanto, uno de esos seis ha de ser. La última información que me dio es que subieron a una camioneta vieja, de carrocería verde, desconchada atrás y sobre la rueda delantera derecha. Esa camioneta es la que trajo a los seis primeros viajeros. Pero, aun así, no podemos fiarnos del chino ni del americano rubio; esos dos malditos *budokas*. Podría estar uno de ellos en combinación con el ladrón, y haber recibido, después, la bolsa de las gemas.

—Tienen que estar en sus equipajes, Mac Ready.

—¡Claro! Pero tuvieron ocasión de ocultarlo posteriormente en algún lugar del barco. Habrá que interrogar... e incluso, quizá, torturar. Lo importante es encontrarlas. Y terminar luego con los nueve, sin excepciones. Está decidido.

—¿Y cuánto será el golpe, patrón? —quiso saber Zarkov—. Hemos de pillar desprevenidos al capitán, a sus pocos leales, como el italiano Scorza... y a esos tres peligrosos luchadores, por supuesto.

—Será esta noche —dijo sordamente Mac Ready, encajando sus mandíbulas. El rostro pecoso, bajo la cabellera crespa y rojiza, tenía una expresión dura, sombría. Los ojos claros, centelleaban con una profunda e incontenible codicia, que no se detendría ante nada, con tal de quedar satisfecha.

Ni siquiera ante la sangre humana derramada de nueve o más personas.

Porque eso era, justamente, lo que intentaba hacer esa misma noche el primer oficial del capitán Van Drutten, a bordo del Calavera de Plata.

Mientras tanto, en la distancia, como una barrera ante el litoral africano que iban dejando atrás, paralelo a su marcha, las brumas caliginosas del Ecuador parecían materializarse, con más intensidad, hasta dar la impresión de que en su entraña vaporosa se formaban y desaparecían islas fantasmales, ocupadas por los espectros de los mares...

* * *

—Es muy peligroso tener a bordo esa fortuna en piedras, Kwan.

—Se lo he dicho. Pero el doctor ya no puede hacer nada por evitarlo, Frank.

—Sí, lo sé. —Cole paseó por el camarote que compartía con el joven

chino, y ante cuyo ojo de buey, asomado al pasillo de la cubierta del carguero mixto, se mantenía alerta Lena Tiger, pendiente de que no hubiera nadie escuchando fuera lo que se hablaba confidencialmente—. La tripulación no me gusta gran cosa. He visto mucho individuo de aspecto siniestro entre ella. Parecen presidiarios en galeras, o algo así. Sé que un barco como este no puede seleccionar unos marineros inmejorables, pero no puedo evitar el inquietarme ante la situación. Aun sin esos diamantes y esmeraldas a bordo... la situación no era grata para mí. Y no sé por qué, pero tengo el presentimiento de que alguien oculta algo en este barco.

—¿El doctor Levin?

—No, no es eso. No me refiero a él. Juraría que es otra cosa, algo mucho más extraño e inquietante, con serlo esto mucho. Claro que es solo un presentimiento, Kwan, no me hagas demasiado caso.

—Tus presentimientos acostumbran a cumplirse con rara puntualidad, Frank —confesó Shang, preocupado—. ¿Qué piensas hacer, si el doctor Levin necesitase tu ayuda?

—Aún no lo sé. La ocasión, por fortuna, no se ha presentado. Pero hacerme caso, amigos. Estad bien alerta. No os confiéis en ningún momento ni deis vuestra confianza a nadie. Tal vez el doctor Levin sea sincero; no lo sé. Posiblemente el padre Carpenter también. E incluso el capitán Van Drutten, pero...

Dejó sus palabras en el aire. Kwan le estudió, pensativo. Sabía que cuando su amigo Cole se preocupaba por algo, existían motivos para ello. La posibilidad de que hubiese algo más que aquel cargamento de tres millones de dólares, a bordo del Silver Skull, no contribuía precisamente a animar su espíritu.

—Nunca me gustaron los viajes largos por mar —dijo, bruscamente, el joven oriental—. Y precisamente, ahora, me veo obligado a uno de ellos... encerrado en un trasto como este, rodeado de peligros extraños, de supersticiones marineras, de una tripulación inquietante y por encima con tus presentimientos, Frank. Creo que si alguna vez vuelvo a pisar tierra firme, sano y salvó, no volveré ni siquiera a bañarme en el mar —concluyó.

Frank Cole rio entre dientes. Y en ese momento, por si fuera poco, Lena Tiger se volvió vivamente hacia ellos, les hizo un gesto de cautela, y musitó entre dientes:

—Escuchad: una de ellas está acercándose. Creo que intenta espiamos, escuchar algo.

—¿Una de ellas? —preguntó Frank, sorprendido—. ¿Quién?

—Una de las Hawkins, mis compañeras de camarote. Karin, exactamente. La rubia —informó Lena, apartándose del ojo de buey—. Anoche, cuando creyó que yo dormía, también hizo algo raro. Comprobó si su prima Karin dormía, miró a mí litera, creyendo que dormía igualmente...

y salió sigilosamente del camarote.

—Vaya... —gimió Shang—. Lo que faltaba. Otro misterio a bordo.

—¿Sabes cuándo regresó a dormir? —quiso saber Frank, ceñudo.

—Sí. No pude dormir hasta que lo hizo. No fue una ausencia muy prolongada. Solo unos veinte minutos, poco más o menos... Con igual sigilo, se acostó de nuevo. Eso fue todo.

—Está bien. Quedaos, ahora, aquí, conmigo. Hablaremos de algo trivial, como si no supiéramos nada. Luego, hablad vosotros dos solos. Y dejadme a mí que actué...

Así lo hicieron. Cosa de dos minutos más tarde, solamente Lena y Kwan siguieron charlando de cuestiones técnicas de las Artes Marciales. Mientras, Frank caminó sigiloso, pegado a la metálica pared esmaltada de un blanco amarillento ya, hacia la puerta del feo camarote.

Súbitamente, abrió, saltó al exterior y, antes de que Karin Hawkins, la rubia muchacha pudiera evadirse, la apresó con una rápida e indolora llave que paralizó inmediatamente su brazo y pierna derechos, impidiéndole escapar de su posición delatora.

—Muy bien, señorita Hawkins. Y ahora, ¿qué tal si hablamos un poco usted y nosotros? —sonrió duramente Kwan, introduciendo a la joven en el camarote.

* * *

—Le exijo que me deje marchar inmediatamente. ¿Quién se cree qué es? Pasaba por ese lado de la cubierta, y usted... ¡usted me ha tratado como si fuese una criminal, obligándome a entrar aquí a viva fuerza!

Frank Cole no dijo nada, contemplando, fija y fríamente, a la rubia joven. Sus protestas, con el rostro enrojecido y los azules ojos dilatados, parecían resbalarle de modo absoluto.

—Serénese, señorita Hawkins —dijo, glacialmente, Cole—. No va a convencernos a ninguno con sus quejas y enfados. Sé que nos escuchaba desde ahí afuera, donde lleva más de tres minutos espiando nuestra conversación.

—Eso no es un delito, señor Cole —se engalló la rubia, airadamente—. Además, usted tenía el ojo de buey entreabierto. Soy curiosa, lo confieso. Eso es todo.

—Escuche, Karin, usted es algo más que curiosa —dijo fríamente Lena Tiger, acercándose a ella—. Anoche, abandonó el camarote de modo cauteloso, como si temiera ser advertida en su maniobra. Sus asuntos personales no me preocupan, ni tampoco a mis amigos. Pero estamos seguros de que algo sucede a bordo, y ese algo puede ser peligroso para todos nosotros. Es preciso que nos ayude, si no tiene nada que ocultar. ¿Por qué le interesaba tanto nuestra conversación? ¿Qué fue a buscar, anoche,

cuando su prima dormía y pensó que yo hacía igual?

—Lena, usted es una sucia traidora... —se quejó Karin Hawkins, con acritud—. Después que la hemos aceptado en nuestro camarote sin objetar nada, va usted y...

—No se preocupe, Karin. Dormiré en cubierta, si es preciso —cortó Lena, tajante—. Pero no dejaré de intentar saber lo que nos oculta, ¿ha entendido bien?

Frank Cole procuró intermediar entre ambas mujeres enfrentadas, con cierto afán pacificador:

—Señorita Hawkins, tengo motivos para pensar que el peligro a bordo es mayor del que imaginan muchos. Y ese peligro puede afectarnos a todos.

—¿Qué temen? ¿Acaso a ese gordo que puede ser traficante de armas? Ahora no lleva encima ni una pistola de juguete. A esa gente solo les interesa vender a los revoltosos y asesinos, señor Cole.

—No, no es a Travers, señorita Hawkins, a quién temo yo, aunque sea el traficante que muchos aseguran. Es algo más... sutil y amenazador. Algo que está en el ambiente, que se respira, que mi instinto y mi sensibilidad acusan sin lugar a dudas.

—Es muy poco todo eso para explicar su actitud. Solo se basa usted en simples especulaciones —replicó ella vivamente, con agresividad.

—Habla muy bien, señorita Hawkins —sonrió Cole, sin ablandar su gesto levemente áspero—. Se nota que es actriz. ¿Por qué no interpreta a Shakespeare, en la escena, en vez de hacer televisión comercial?

—Eso es asunto mío —la tensión llegaba a tope entre ella y el *budoka* americano—. ¿Va a dejarme salir de aquí, o no?

—¡Está bien! —Cole le mostró irónicamente la salida del camarote—. Puede irse cuando usted guste. No es un secuestro. Pero antes de salir de aquí, recuerde algo.

—¿Qué? —casi le desafió la joven rubia, y su aire resultó tan agresivo, ahora, que adelantó su busto, como sí quisiera demostrar cuál era la exuberancia de sus juveniles pechos dibujados contra la tensa tela de su blusa, a punto de estallar bajo la presión de las duras, llamativas esferas de carne.

—Los marineros acostumbran a ser supersticiosos, a imaginar cosas que no existen. Pero a veces, intuyen algo, con su peculiar sentido del peligro. Ellos saben que la muerte está cerca de nosotros. Yo también lo intuyo. No sé cuál será su verdadero rostro, pero temo que la muerte viaje con nosotros a bordo del Calavera de Plata. Tenga cuidado de no encontrarse ante ella cuando menos lo imagine. Es el peligro de querer practicar juegos peligrosos, señorita Hawkins. Juegos como intentar pasar unas vacaciones en un país tan poco adecuado para ello como Mbango... ¡Adiós, señorita Hawkins! ¡Buenos días...!

Karin vaciló un momento, con un repentino destello de temor en sus ojos, como sí, de repente, empezase a temer realmente algo. Luego, se encaminó al exterior resueltamente. Su esbelta figura se perdió, taconeando por la cubierta, alejándose del camarote donde se hallaban reunidos los *Tres Dragones de Oro*.

—Poco hemos sacado de ella... —susurró Lena Tiger, moviendo la cabeza con pesimismo.

—¿Poco? —gruñó Kwan—. Nada, diría yo.

—Por el contrario —sonrió Cole, enigmático—. La señorita Hawkins ha sido mucho más elocuente de lo que ella imagina...

—¿De veras, Frank? —Lena le estudió, pensativa—. ¿Te burlas de nosotros, o es que te han impresionado sus curvas?

—Ni una cosa ni otra —Frank se aproximó a la salida, con gesto meditativo—. Karin Hawkins tiene tanto miedo que no puede ocultarlo con sus desplantes. Está asustada. Aterrorizada, diría yo.

—Pero ¿por qué, Frank? —se extrañó el joven oriental.

—No lo sé, Kwan. Lo cierto es que lo está. Tiene miedo. Mis palabras han hecho salir ese miedo a la superficie. Ahora sabe que alguien más que ella está inquieto a bordo por lo que pueda ocurrir. Eso la preocupa. Teme que las cosas sean peor aún de lo que imagina. Eso quiere decir que, realmente, hay algo de qué preocuparse. Algo que no son las armas clandestinas del traficante Travers.

—¿Las piedras preciosas del doctor Levin?

—Quizá tampoco.

—¿Entonces...?

En un punto del barco, batió un *gong* repetidamente. Cole sonrió, pisando el exterior del camarote.

—Vamos —dijo, por toda respuesta—. Es la hora de comer, y siento un apetito endiablado. Tal vez sea el aire marítimo que tanto te irrita, Kwan... Meditaré durante la comida. Creo que a veces intuyo algo, pero... no sé, se me escapa inmediatamente. Es algo que se mencionó en la reunión con el capitán, estoy seguro. Pero ¿qué es...?

Sus compañeros le miraron, sin comprender bien lo que le atormentaba. Pero le siguieron al comedor, realmente perplejos, mirándose entre sí pensativos.

* * *

La noche caía tarde en el Ecuador. Ya habían cenado, cuando las sombras azules se abatieron sobre el barco que surcaba las aguas del Atlántico, rumbo al sur de África.

Los viajeros paseaban por cubierta, mirando al mar o charlando entre sí. Frank Cole giró la cabeza hacia un marinero que, recogiendo unos aparejos

en cubierta, comentó en inglés, con fuerte acento italiano, mirando a la distancia:

—Esas malditas nieblas de calor... No me extrañaría que estuviese ahí, en algún punto de esas brumas... Justamente ahí, ¡maldita sea...!

—¿Quién? —sonrió Cole, curioso—. ¿El Buque Fantasma?

El marinero se volvió con cierto sobresalto hacia el *budoka*. Se excusó:

—Perdone, señor. No sabía que estuviera tan cerca. No haga caso a mis palabras. Son chifladuras de marinero, como dice el capitán Van Drutten...

—¿Qué clase de chifladura es, esta vez? —rio Cole—. ¿No se trata del Holandés Errante?

—No, señor. Palabra de Bruno Scorza que no... —se persignó—. Hay cosas peores que ese holandés endemoniado, créame.

—¿Cómo por ejemplo...?

—La isla de Kong.

—¿La que...? —parpadeó Frank, sorprendido.

—La isla de Kong, señor —el marinero italiano pareció algo avergonzado. Bajó su morena cabeza—. ¡Bah, no me haga caso! Los marineros que recorremos estas latitudes, creemos que la leyenda de la isla de Kong es cierta. Que existe ahí, entre esas brumas, no lejos de la costa africana... en un lugar ignorado por todos.

—No conozco a esa isla. Kong... ¿No se estará refiriendo a... a...?

—¿A King Kong? Sí, señor. A él me refiero. A ese gorila gigante de las películas, de la fantasía... Creemos que es algo más que eso. En algún sitio, cerca de nosotros, puede hallarse esa isla del demonio...

—La isla...

—Sí, señor. La Isla de la Calavera, exactamente. Y este viaje... es una premonición, ¿no se ha dado cuenta? La fuga, de Mbango, el nombre de este barco... Silver Skull... El barco más adecuado para ir hacia Skull Island, después de todo...

Frank Cole aún no había empezado a pensar seriamente en esa nueva superstición marinera, cuando la voz acerada, tajante, restalló en cubierta como un trallazo brutal para todos:

—¡Alto! ¡Quietos todos! ¡Al primero que se mueva o intente algo, le convertimos en un colador! ¡Desde este momento, yo soy el capitán de este barco, con todas las atribuciones y autoridad!

Cole se volvió rápidamente hacia el puente. También el marinero Bruno Scorza, con una imprecación de asombro y temor:

—¡El oficial Mac Ready! —aulló, añadiendo con voz colérica—: ¡Maldito bastardo...!

En efecto. Era el pelirrojo Neil Mac Ready, con un fusil ametrallador en sus manos, escoltado por otros marineros, armados con fusiles automáticos o pistolas de calibre 45. Entre ellos, ligadas sus muñecas,

como cautivo, aparecía, pálido y crispado, el capitán Hans van Drutten.

El motín a bordo era una triste y dramática realidad.

CAPITULO IV

ISLA EN LAS BRUMAS

—Así está bien. Han sido muy obedientes, muy disciplinados, señores. Les doy las gracias a todos. Si cooperan adecuadamente, todo irá mucho mejor.

—¿Para qué? ¿Para arrojarnos, luego, por la borda, con un lastre en los pies? —replicó, fríamente, Kwan Shang.

Mac Ready le miró con disgusto. Cole estudiaba el rostro del marino rebelde, sin pronunciar palabra. Alrededor de ellos, todos los demás viajeros, formando un grupo dócil, resignado, sin defensa posible.

El padre Carpenter, el doctor Levin, las chicas Hawkins, el profesor Waxman, el gordo Travers, más angustiado y sudoroso que nunca... Y ellos tres. Los Dragones de Oro. Todos sometidos a un poder tiránico a bordo: el de un oficial sublevado. El motín había triunfado.

También el capitán Van Drutten formaba parte de los cautivos, pero este aparecía atado junto a Mac Ready, como un rehén permanente del rebelde.

—Cara amarilla, cierra el pico, o serás pasto de los tiburones, ¡maldito seas! —rugió Mac Ready con brutalidad—. Ahora, el que manda aquí soy yo, ¿entendido? Quien se enfrente a mí o me replique con altanería, lo pagará muy caro.

—Más lo pagará usted, Mac Ready —le sentenció roncamente Van Drutten—. ¡Le ahorcarán por esto!

—¡Cállate, viejo chiflado...! —aulló el pelirrojo, pegándole un fuerte patadón en el vientre, que dobló con un gemido de dolor al viejo capitán—. ¡Nadie va a tomarme un pelo de mi cabello cuando tenga en mis manos esa fortuna de gemas! Sí, amigos, escuchen bien lo que tengo que decirles. Sé que uno de ustedes metió a bordo el producto de un robo en Mbango. Tres millones de dólares en diamantes y esmeraldas. Será mejor que, quien sea, confiese y me entregue las gemas. Ello bastará para que salve su vida y la de los demás, y no tenga que correr la sangre a bordo del Silver Skull, ¿está bien claro?

Nadie respondió. Los rostros se mantuvieron tensos, inexpresivos. Cole habló, seco, por si había alguien tan ingenuo, capaz de hablar. Aunque no creía que el doctor Levin fuese de esa condición.

—¿Quién va a creer las palabras de un revoltoso? Sabemos que nos matará de igual modo. No creo que nadie sea tan tonto como para hablar de una cosa así, si es que es cierta.

—¡Cole! —rugió el rebelde, encañonándole con el fusil ametrallador—. ¡Una palabra más, y usted será el primero en caer cosido a balazos!

—Sabe que no tengo miedo a sus balas ni a la muerte, Mac Ready —le desafió con total frialdad Frank Cole—. No se atreverá a matarme, porque sabe que es tan inútil como perjudicial para sus planes. El que conozca el paradero de esas piedras, ya nunca hablará, si usted mata a uno de nosotros. El que mata a uno, mata a diez. Es obvio, Mac Ready.

El pelirrojo se mordió el labio inferior, con ira. Sus ojos fulguraron. Su índice se movió sobre el gatillo. Pero no terminó de presionarlo, mientras el cañón del arma apuntaba a la cabeza de Frank Cole.

Tal vez pensó que el *budoka* tenía razón. O aquel hombre, sin miedo a morir, le causaba aprensión, un raro temor indefinible.

—Tengo muy poca paciencia —silabeó, con voz iracunda—. Será mejor que hablen. Me ocuparé personalmente de interrogar a cada uno de ustedes. Y les aseguro que, cuando interrogo, lo hago a fondo. No dudo en recurrir a la tortura. De modo que elijan. El camino fácil... o el otro.

Sobre ellos, el cielo estrellado y limpio, era como una bóveda de lejana luminosidad. Allá lejos, neblina caliente sobre las costas africanas. Cole y sus amigos nada podían hacer, mezclados en cubierta con los demás. Los enemigos estaban demasiado lejos, con sus armas automáticas. En estos momentos, sus Artes Marciales no servían absolutamente de nada. Al menor movimiento amenazador, Mac Ready y sus compinches sublevados harían fuego sobre ellos.

—Esto no es justo —resopló el gordo Travers, bañado en sudor—. ¿Qué diablos tengo yo que ver con piedras preciosas? Es cierto que trancaba en armas con los negros de ese maldito país salvaje, pero ¿piedras preciosas? Que me cuelguen de la chimenea de este barco si sé nada de eso.

—Eso es lo que dirán todos. Pero uno mentirá —dijo, fríamente, Mac Ready—. Lo sé muy bien. Uno de ustedes subió a bordo esa, preciosa carga, tras robarla de la sala de exposiciones. Vamos a empezar ese interrogatorio, ¡malditos sean!

—No, Mac Ready, espere —dijo, de repente, una voz—. Yo puedo ayudarle a dar con esas piedras. Pero quiero la seguridad de mi vida, a cambio de ello. O no hablaré.

Todas las cabezas se volvieron hacia la persona que había hablado. Cole observó que, súbitamente, el doctor Levin había palidecido intensamente, aunque procuraba mantenerse inexpresivo.

Quien había hablado... ¡era la rubia Karin Hawkins!

—¡Maldita traidora...! —silabeó Lena, entre dientes—. Te lo dije,

Frank. Es una embustera miserable...

Frank la serenó con un gesto autoritario, y apretó los labios, sin hablar. Sus grises pupilas se mantenían fijas, glaciales, en el rostro de la rubia muchacha. Esta, durante una décima de segundo o quizá menos, deslizó sus ojos sobre él, para seguir luego mirando altivamente al oficial Mac Ready.

—Vaya... —rio el rebelde, con una expresión complacida en sus duras facciones pecosas—. ¿De veras sabes tú, preciosa, la verdad sobre el paradero de esas gemas?

—Sí, lo sé —afirmó Karin, tajante.

—¡Karin! —le reprochó, con dureza, su prima de oscuros cabellos—. ¿Cómo puedes tú...?

—Lo siento, prima. Tengo que hacerlo, puesto que soy la única que sabe la verdad, aparte el propio ladrón de las gemas...

—¡Acércate, rubia...! —la exigió toscamente Mac Ready.

—¡Karin, no vayas! —gritó agudamente su prima, tratando de frenarla.

Un marino hizo fuego. Su disparo hizo maullar la bala en un respiradero de cubierta, junto a la morena Jessie Hawkins. Esta se encogió, sobresaltada, mientras después de aquel duro aviso, su prima se encaminaba, serena y firme, hacia el puente dominado por los hombres de Mac Ready y sus armas.

—Lo sabía —susurró Lena—. Esa mujer espiaba a todos. Y ahora va a traicionar a un hombre honrado; va a causarle, quizá, la muerte...

—¡Vamos, sube! —ordenaba ya el pelirrojo, mientras Karin Hawkins ascendía los escalones hacia el puente, con un arma enfilada hacia su cabeza, amenazadoramente—. Siempre es más grato hablar con una mujer hermosa que con otra clase de persona... ¿De modo que tú sí sabes lo que ha ocurrido con esos brillantes y esmeraldas, preciosa?

—Sí, oficial —sonrió, cínicamente, la rubia. Y no se sabía si por casualidad, o por intención, se habían soltado dos botones de su blusa ceñida, y los pechos sin corpiño casi emergían insultantes, exhibiendo su carnosidad blanca, fuerte y vibrante, en la que pronto se fijaron los ávidos ojos de Mac Ready, con una luz de deseo y de apetitos malsanos.

—Muy bien... —Mac Ready se frotó el mentón, subiendo el cañón de su temible arma automática hacia el cielo—. Ven, acércate, encanto. Hablaremos tú y yo, amistosamente. Desde este momento, tienes mi garantía absoluta de que salvaré tu vida. Por tu afán de colaboración y por muchas otras razones...

Al tiempo que hablaba así, descarada, audazmente, su mano se hundía entre los pechos de la rubia joven, acariciándoselos y manoseándolos con lascivia explosiva. Karin rio entre dientes, desafiante, casi proyectando su seno contra el rostro del rebelde, que vaciló ante sus correligionarios, tan sedientos de deseos sexuales como él, y ante los prisioneros agrupados en

cubierta bajo la cobertura de las armas amenazadoramente enfilados sobre ellos.

La mano de Mac Ready descendió bajo la blusa, acariciándole su estómago, su vientre... Karin cedía, insinuante, pegándose al rebelde. Iván Zarkov, el marino ruso, carraspeó, avisando a su patrón entre dientes:

—Mac Ready, creo que es mejor saber de una vez lo de las piedras... Luego, puede venir... lo demás. Y para todos, por supuesto...

—Por supuesto, por supuesto —rio Mac Ready, soltando de mala gana las carnes cálidas y deseables de la joven Karin—. ¡Vamos, preciosa! ¿quién subió las piedras al barco... y dónde están, ahora?

—Sé quién las subió. Lo averigüé espiando estas horas últimas, de sitio en sitio —confesó Karin—. Sé, también, dónde pueden estar, pero eso no es seguro. Él pudo cambiarlas de sitio. Será mejor interrogarle... a fondo. Donde se pueda llevar a cabo tal interrogatorio, claro.

—Muy bien. Señala al individuo en cuestión —dijo Mac Ready, tenso —. Lo demás, es cosa mía.

Karin Hawkins se volvió hacia el grupo reunido en cubierta. Hubo un silencio dramático, expectante. Entre los pasajeros cautivos, uno en especial palideció, tembló, esperando ya lo peor. Ya empezaba a moverse el doctor Levin, para acudir a la denuncia de la rubia actriz inglesa, cuando esta señaló enérgica, denunciando con voz potente:

—Aquel es, oficial Mac Ready. ¡Ese, ese hombre introdujo los diamantes y esmeraldas y los ocultó a bordo!

No estaba señalando al doctor Levin.

Acusaba directamente a Frank Cole.

* * *

—¡Esa perra embustera, maldita...!

—¡Quieta, quieta, por Dios, Lena! ¿es que vas a perder, así, tu propio control? —la serenó enérgicamente Kwan Shang, mientras la sujetaba con toda su energía de hombre y de luchador, para evitar que la pantera negra y furiosa que era en estos momentos Lena Tiger saltara sobre el puente como una fiera herida, dando motivo a los sublevados para coserla impunemente a balazos—. Nunca hiciste nada parecido...

—¡Es que esa harpía rubia quiere perder a Frank, desea su muerte, está mintiendo miserablemente, no sé con qué objeto...!

—Sea como fuere, no podemos hacer nada. Ni tú, ni yo, ni nadie. Ni siquiera Frank. Hemos de aceptar las cosas como son. Rebelarse contra eso, sería sacrificar cobardemente al doctor Levin, que confió en nosotros.

—¡Pero Frank es inocente de todo eso! ¡El doctor debería confesar, si fuese leal, honesto, como pretende ser...! —protestó Lena, airada, revolviéndose aún entre los brazos poderosos de su camarada chino, para

ser dominada, mientras las armas de los marineros, desde la lejana seguridad del puente, les retenían a todos a raya. Y mientras Frank Cole, sombrío, silencioso, con su cabeza erguida, sin replicar, sin protestar ni objetar nada, caminaba ya hacia ese puente, para ser interrogado y, quizá, salvajemente asesinado a la vista de todos.

—El doctor Levin tiene miedo. Es humano —siseó Kwan—. Y hay tres millones en gemas, que están en juego...

—¡La vida de Frank vale mucho más de tres millones! —jadeó Lena, mientras los brazos de Kwan Shang formaban un férreo cerco en torno a sus macizos pechos de mujer de bronce, y su cintura breve, sobre las sinuosas caderas—. ¡El doctor debe de protestar, de confesar!

—Deja que él mismo resuelva de acuerdo con su conciencia. Además, para intentar salvar a Frank, tendríamos que denunciarle al doctor. Eso pudo haberlo hecho el propio Frank desde un principio. Y no lo hizo. Su pasividad, algo significa. Deja que sea él quien maneje esto.

—¿Y si no puede manejarlo? ¿Y si le torturan y asesinan? —gimió Lena, convulsa.

—Esperemos, Lena, por favor —suplicó Kwan—. Esperemos aún, mientras Frank está vivo y es capaz de obrar por sí mismo...

Frank ya estaba arriba, ante las armas de los rebeldes. Las luces escasas de la cubierta, en la noche, prestaban a las figuras humanas un aire fantasmal. De un modo insensible, acaso por error en la ruta del barco en estos momentos de confusión, la bruma del litoral se había ido aproximando a ellos paulatinamente. Ahora, más próxima al Silver Skull, en torno, como flotando sobre las aguas tranquilas y cálidas de la zona ecuatorial, la bruma, más espesa que nunca, se estiraba y desgarraba formando caprichosas estructuras, perfiles inquietantes en el océano.

Pero el dramatismo de la situación a bordo impedía, en esos momentos, que nadie se fijara lo más mínimo en esa muralla de nieblas cálidas que les cercaban. Unos, por su búsqueda febril de una fortuna de tres millones de dólares. Otros, por el afán exasperado de salvar sus vidas...

—Muy bien, luchador —le espetó Mac Ready agresivo, procurando que sus hombres mantuvieran a raya al *budoka*, con sus armas de fuego apoyadas en su pecho o situadas a prudencial distancia, por si el prodigioso alarde que presenciaran en el puerto de Mbango se repetía, ahora—. De modo que tú eras el poseedor de las piedras y quién las introdujo en este viejo y sucio montón de chatarra, ¿no?

Frank no contestó. No dijo sí o no. No protestó. Siguió quieto, tenso, inexpresivo, las manos forzosamente situadas en alto, por orden de los rebeldes. Sus ojos grises, duros e inescrutables, fueron del bello rostro insultante de Karin Hawkins, a la faz pecosa y agria del rebelde oficial.

—¡Contesta! —aulló, rabioso, Mac Ready.

—No lo hará —dijo Karin fríamente, mirando despectiva al *budoka*—. Estos luchadores de Artes Marciales son duros de persuadir. Se creen muy seguros, muy dueños de sí... Yo que tú, Mac Ready, le interrogaría de forma adecuada... en un sitio que no fuese esta cubierta. Seguro que confesaría...

—Sí, creo que tienes razón —se volvió el marinero hacia sus esbirros —. ¡Vosotros, llevad a los demás a la bodega! Encadenadlos. Con cuidado cuando toquéis a esos dos, el chino y la mulata... Son luchadores, como este americano. No os confiéis con ellos. Luego, volved y montad la guardia. Tú, Zarkov, y tú, Kazan, venid conmigo. Siempre a raya con el americano, ¿eh? Nada de acercaros. Que no os tenga a su alcance, ¡maldita sea...!

Frank Cole, en silencio, se movió hacia donde le indicaban sus captores. Antes de introducirse por la escotilla de acceso al interior del barco, miró de reojo hacia el grupo de pasajeros cautivos. Observó que el doctor Levin empezaba a moverse, que agitaba un brazo. Una rápida mirada a Kwan Shang, que no le perdía de vista, fue el mensaje urgente del *budoka* en aquel momento.

Rápido en sus reflejos, también, Kwan se acercó a Levin. Disparó su brazo zurdo contra el médico de las Naciones Unidas. Fue un golpe seco disparado a un punto vital del médico. Exactamente a uno que provocó el inmediato desvanecimiento del doctor Levin.

Le había tocado con sus formidables dedos de experto en kung-fu, en una fugaz acción de ataque, con la mano en posición Feng-Yen u Ojo del Fénix. Consistía en un golpe seco y poderoso, con el dedo índice de la mano adelantado al resto de los otros dedos. Ese impacto, en un punto de atami (o vital), era el inazuma o flanco derecho de Levin, provocaba la súbita e inmediata pérdida del conocimiento. El médico exhaló un leve gemido y se desvaneció.

Todo fue tan rápido, que ni siquiera los esbirros de Mac Ready descubrieron el motivo de aquel incidente. Cuando rodearon al caído y a los demás prisioneros, ya Kwan parecía tan inocente como un corderillo, ajeno por completo al suceso, y Lena, entendiendo que algo sucedía, para que Frank Cole hubiera dictado esa orden casi mental a su camarada chino, se apresuraba a murmurar, en voz alta, con tono de reproche:

—Ese tipo... Es un médico, y, en cambio, es el que más debilidad demuestra... Se desvaneció de miedo, estoy segura...

—Cierra el pico, morena —le ordenó uno de los marineros armados, hundiendo descaradamente una mano en sus senos, mientras el otro acariciaba sus muslos y trasero de forma brutal, vergonzosamente vil. Lena no se inmutó por eso. Estaba habituada a más duras pruebas—. Ahora, ve con los demás dócilmente, sin intentar nada. Nosotros procuraremos que no

te ocurra nada y salgas con bien de esta... a cambio de algo, claro...

La sucia insinuación era inevitable. También Jessie Hawkins, la morena prima de Karin tuvo que soportar, avergonzada y humillada, las soeces caricias de los rufianes armados, mientras todos, en tropel, junto al marinero disidente, Bruno Scorza, eran conducidos a la bodega.

Allá en el puente, en el antiguo camarote del capitán Van Drutten, empezaba el interrogatorio de Frank Cole, acusado por Karin Hawkins como poseedor de las preciosas gemas robadas en Mbango.

* * *

El camarote quedó aislado del resto del barco, cuando la puerta metálica se cerró con estruendo.

En la silla habitual del capitán Van Drutten, puso Mac Ready su pie, despectivamente. Miró a Frank Cole por encima de su fusil ametrallador, presto a vomitar balas, a centenares, en cualquier momento, apenas apretara el rebelde su gatillo.

Frente a él, a cosa de tres yardas de distancia, situaron a Frank Cole, amenazado por otras dos armas, las que esgrimían, ahora, Jan Kazan, el armenio, y Zarkov, el ruso. Todos guardando las distancias adecuadas, para evitar cualquier sorpresa desagradable, por parte de su peligroso cautivo.

Junto a Mac Ready se situó la rubia Karin Hawkins, que pegaba su cuerpo insinuante a Mac Ready, invitándole claramente a que él se sintiera sumergido en el deseo y la pasión que un cuerpo joven y voluptuoso como aquel despertaban en un hombre de su condición.

Sudoroso, temblando entre la excitación de la codicia y la lujuria, el pelirrojo ardía en deseos de hacer confesar, lo antes, posible, su secreto a Cole, para poder entregarse totalmente a la satisfacción de sus apetitos sexuales.

—Vamos, luchador, no quiero problemas contigo —silabeó, sin dejar de manosear las formas de Karin, desde sus senos hasta sus nalgas, dejando resbalar la mano ávida sobre las curvas femeninas que le enloquecían y hacían transpirar su epidermis, febril en tales momentos—. Habla, y cuanto antes mejor. No quisiera tener que oírte decir dónde están esas piedras, cuando tu cuerpo fuesen solo jirones de carne ensangrentada. ¿Por qué no nos evitamos, tú y yo, problemas desagradables? Salvarás tu pellejo, y lo harás todo más sencillo.

Frank Cole le miró. Fijo, frío, inescrutable. Su rostro era una máscara ausente de emociones. No respondió.

No dijo nada. Ni siquiera parecía respirar. Era una estatua humana.

Eso enfureció a Mac Ready ostensiblemente. Estalló, irritado, tras unos segundos de prolongado silencio:

—¡Cerdo maldito, sal de tu mutismo oriental! ¡Eres solo un puerco

americano, actúa como tal, y habla de una maldita vez para salvar tu sucia vida, o no respondo de mí!

Zarkov, para ayudar a su patrón eficazmente, tuvo la buena ocurrencia de disparar un puntapié brutal a los testículos de Frank Cole. Este recibió el golpe algo más arriba, gracias a una flexión veloz de sus músculos y tendones, sin sufrir un daño insoportable. Aun así, debió ser muy doloroso el impacto. No obstante, siguió impávido, como si no sintiera nada. Zarkov juró entre dientes, furioso y sorprendido, y se dispuso a pegar de nuevo, ahora con la culata de su rifle automático.

En ese momento, intervino fríamente Karin Hawkins. Rodeando el cuello de Mac Ready con un brazo, y hundiendo su otra mano en el vello rojizo del torso del sublevado, insinuó, melosa:

—Espera. No uses la violencia. Esos tipos del karate son duros de pelar así. ¿Por qué no le convences por otra forma de persuasión, cariño?

—¿Cuál, preciosa? —silabeó Mac Ready, mirándola arrobado.

—Lena Tiger, la chica de color. Se muere por ella. La ama. Se le nota. Podrías persuadirle... a base de torturarla y hacerle daño a ella.

Los ojos de Cole relampaguearon. Pero nada dijo, nada expresó. Mac Ready echóse a reír.

—¡Sí, es una gran idea, preciosa! —aprobó—. Tienes ocurrencias geniales... Te mereces el trato de favor que vas a tener conmigo. Tu prima podría haber gozado también de él, pero no parece tan lista ni tan hábil como tú...

—¿Jessie? ¡Oh, ella no deja de ser una torpe...! Claro que no debes hacerle nada malo. Ella puede divertir a tus hombres. No me gustaría que le pasara nada.

—Bueno, tú y ella puede que tengáis suerte, después de todo —sonrió el pelirrojo. Miró a Zarkov—. Ve a buscar a la mulata. Quiero probar la técnica sugerida por mí chica...

—Sí, patrón, enseguida —asintió el ruso.

Se encaminó a la puerta. En ese mismo instante, Karin Hawkins hizo algo imprevisible. Sus brazos, que rodeaban y acariciaban a Mac Ready, le aferraron, ahora, casi rabiosamente. Sus dedos le arrancaron con energía y fuerza el fusil ametrallador, que saltó al suelo, lejos del alcance del sorprendido rebelde.

Al mismo tiempo, Karin dio un patadón a un pesado tintero de vidrio y metal que había sobre la mesa del capitán Van Drutten, y este voló hacia el armenio Jan Kazan, que recibió el proyectil en plena cabeza, con un crujido escalofriante de su hueso al sufrir el impacto.

En ese momento de confusión, la voz de Karin sonó vibrante:

—¡Ahora, Cole!

Parecía como si el *budoka* hubiera estado esperando ese grito de ella. O

algo parecido.

Porque apenas saltó el tintero contra Kazan, cayó el fusil ametrallador de manos del rebelde oficial, y Zarkov inició la marcha hacia la salida del camarote, Frank se puso en acción a velocidad de vértigo.

Su salto fulminante, sobre las espaldas del ruso, hizo que este se volviera, sobresaltado, sin tiempo para más. Ni siquiera llegó a alzar su rifle. Cole le alcanzó con un poderoso Uchi-Ude-Uke, de su brazo derecho, y, casi inmediatamente después, en perfecta sincronización, su pie izquierdo se disparó hacia adelante, en un Mae-Geri-Jodan, que alcanzó a Zarkov en el Kyo-Sen, o plexo solar. El desvanecimiento, tras el preciso golpe, fue inmediato. Cuando besó el suelo, de espaldas, con ojos vidriosos, había perdido la noción de cuanto le rodeaba.

—¡Traición! —rugía Mac Ready, furioso, desasiéndose de la presa de Karin, que aun así le dejó la huella profunda y sangrante de sus uñas en su pecho velludo y en su rostro, antes de verse desplazada contra la pared, violentamente—. ¡A mí, pronto, a mí todos!

Pero el armenio Kazán no estaba para tales lides, porque oscilaba, tambaleante, aturdido, sangrando por su frente, herida por el pesado tintero. Raudo, al pasar junto a él en un elástico salto, Frank disparó su codo, en un golpe de la técnica de Hiji-Até, dando al armenio en el costado, en un Yoko-Furi-Até.

El impacto lateral de codo, dado por un *karateka* a velocidad fulminante, en el lugar preciso, era demoledor. Bien lo aprendió Kazán, cuando puso sus ojos en blanco, boqueó en busca de aire, y se desmoronó como si fuese un monigote carente de vida.

Luego, cuando ya Mac Ready se inclinaba hacia el suelo y sus dedos rozaban el arma que Karin le quitara de entre las manos... Cole saltó lateralmente sobre él, con todo su poderoso impulso, concentrado para ese momento decisivo.

La prueba de ello, fue que de sus labios, como una explosión de energía concentrada en todo su ser a través de las últimas y duras horas de espera, brotó el grito restallante y sobrecogedor, que indicaba el cénit de su concentración física y mental:

—¡KIAI!

Cole, al pisar el suelo ante Mac Ready, dirigió el talón al borde exterior de la rodilla del marinero rebelde, que chascó, agria, desarticulándose en el acto, cal era la virulencia de aquel Ushiro-Géri utilizado por Cole.

Con un alarido de intenso dolor, Mac Ready cayó al suelo, retorciéndose, incapaz de soportar ya en pie, pero insistiendo en aferrar el arma y usarla contra Frank. Este se limitó ya a remachar su acción, saltando sobre el peligroso adversario, sin contemplaciones.

Fue un perfecto Tobi-Kéri, lanzándose en proyección de los pies hacia

adelante, y cayendo sobre el estómago e hígado de Mac Ready, en los que ambos pies hicieron seco impacto.

El desvanecimiento del pelirrojo, con un espasmo de dolor infinito, fue inmediato. Un segundo más tarde, Frank Cole se erguía, sin aspecto de cansancio o fatiga alguna. Tres peligrosísimos enemigos, tres asesinos en potencia, estaban abatidos por su poderosa técnica de *karateka*.

Miró fijamente a Karin Hawkins. Ella sonrió, abotonando lenta, maliciosamente, los botones de la blusa sobre sus magníficos pechos enhiestos. Le mostró a Cole la rosada punta de su lengua entre los labios carnosos, entreabiertos y húmedos.

—¡Gracias, señorita Hawkins! —dijo Frank, con serenidad—. ¿Por qué hizo todo esto?

—Tenía que hacerlo, Cole —sonrió ella—. No soy tan perversa como para causarle un mal semejante a nadie. Sabía que solo usted haría algo así. Le di la oportunidad, eso es todo.

—Era muy arriesgado. Para usted, para mí... y para todos.

—Más arriesgado era dejar que siguieran su curso los acontecimientos. Yo había oído algo sobre esta revuelta. Su idea era mandarnos a todos al fondo del mar, apenas tuvieran las piedras. Se me ocurrió esto. Sé que no le soy simpática, pero alguien tenía que utilizar sus armas ventajosamente. Y con un tipo de la calaña de Mac Ready, una mujer tiene más armas que nadie, para vencer —y se pasó, insinuante, sus manos sobre los senos.

—Sí, eso es cierto —suspiró Cole, mirando ceñudo a los caídos, tras retirar todas las armas—. Vamos. Hay que liberar a los demás. Luego hablaremos más ampliamente de esto, señorita Hawkins. Ahora hay otras cosas más urgentes que hacer.

—Sí, Cole —ella le guiñó un ojo—. Luego hablaremos de lo que quiera. Y no solo hablar. Si llego a serle más simpática... la verdad, me gustaría más jugar con usted el mismo juego que le fingí a Mac Ready. Pero esta vez, sin fingimientos. ¡Ah, eso sí! no vuelva a llamarme señorita Hawkins. Para usted, Cole... soy solo Karin... si lo prefiere, claro.

Cole abrió la puerta del camarote, no sin antes atar a los vencidos. Miró a la joven.

—Vamos, Karin —dijo—. Hay mucho por hacer.

En el momento en que abandonaban el camarote, una fuerza terrible les lanzó dando tumbos por el puente. Abajo, en la cubierta, sonaron gritos. El barco crujió, el metal viejo de su casco rechinó agriamente, y una serie de ruidos violentos sacudieron el navío. Frank Cole rodó junto a Karin Hawkins, a quién detuvo con sus brazos, para evitar que rodara por la escalerilla. Ella, rápida, se aferró a él, abrazándole con fuerza, incrustando la cabeza rubia del joven *budoka* entre sus senos, enroscando sus muslos en torno al cuerpo de Frank.

—¡Cielos! ¿Qué ocurre ahora? —gimió—. ¡Parece que naufragamos, Cole!

Frank no llegó a contestar. De alguna parte del barco, llegó un grito de angustia:

—¡Hemos embarrancado! ¡La bruma! ¡La bruma nos rodea! ¡Creo que hemos chocado con los arrecifes de alguna parte de la isla perdida, maldita sea la niebla! ¡Perdimos el rumbo y nos hemos estrellado en las rocas! ¡Nos hundiremos...!

Una isla. Una fantástica isla inesperada, surgida de la niebla y del mar, en la noche húmeda y bochornosa de la zona ecuatorial africana.

Súbitamente, como algo increíble, fantasmal y dantesco, al alzar Frank Cole sus ojos, sin que Karin le soltara ni sus curvas se dejaran de apretar contra su cuerpo, descubrió, emergiendo de la bruma, una forma fantástica, inaudita.

Era la silueta gigantesca, oscura, aterradora, de una enorme calavera, dibujándose nítidamente en la niebla, cuyos vapores parecían escapar por sus inmensas cuencas vacías, por su colosal boca desdentada, mientras el Silver Skull oscilaba, crujía, se abatía a un lado, y el mar rugía tumultuoso al penetrar en sus entrañas.

—¿Será posible? —jadeó Frank Cole, alucinado—. ¡La Isla de la Calavera... surgiendo de la niebla de los mares...!

CAPITULO V

LA SOMBRA DE KONG

En la bodega, la confusión había sido absoluta, en los primeros momentos de la embestida del buque en algún punto desconocido.

Los cuerpos allí agrupados, rodaron por la oscuridad, clavando sus asustados ojos en las escotillas enrejadas que cubrían las salidas de su prisión. Hubo gritos, clamores de temor y de alarma; una auténtica convulsión que les sacudió a todos por un igual.

—¡Mi barco, mi viejo y querido barco! —gimió la voz lastimera de Van Drutten, elevándose en las tinieblas cálidas y pegajosas—. ¡Oh, no, no es posible! ¡Esos canallas ineptos no pueden haber hecho eso a mí pobre barco! ¡Les mataré, les aplastaré a todos, si han sido capaces de enviarlo contra las rocas y estrellarlo, malditos sean todos!

Nadie, en ese momento, se preocupaba por la suerte del barco en sí, sino por la suya propia. Unos se apoyaban en otros, para evitar rodar de un lado para otro, sacudidos por los embates que sufría, en esos momentos, el barco, embarrancado contra alguna parte que ninguno podía imaginar cuál sería.

Fue entonces cuando la voz llegó de la cubierta, llena de un terror supersticioso:

—¡La bruma nos rodea! ¡Creo que hemos chocado con los arrecifes de alguna isla perdida en la niebla, maldita sea...! ¡Nos hundiremos...!

Un silencio sobrecogedor reinó en la bodega repleta de prisioneros. Ahora fue el marinero italiano, Bruno Scorza, quien lanzó un gemido, un prolongado lamento, más de miedo supersticioso que de temor material a la muerte o al dolor, y añadió, lastimero el tono:

—Lo sabía... Lo sabía... Está ahí... Es la isla en las brumas... Existe... ¡Existe, y hemos llegado a ella! ¡Es la Isla de la Calavera...!

Muchos escucharon aquellas palabras sin entender. Otros sí entendieron. Entre ellos, Lena Tiger, cuyos pensamientos en esos instantes no se concretaron en ella, Sino en el ausente, en Frank Cole, de cuya suerte nada sabían.

Apretó con fuerza el brazo de Kwan Shang, tendido junto a ella, y susurró:

—¿Oíste eso? La Isla de la Calavera... Yo he oído mencionar algo así

desde que era niña...

—¿Qué quieres decir? —se extrañó el oriental—. No te comprendo, Lena...

—¡Oh, es una vieja película...! Creo que han hecho otra nueva versión... ¿No estás enterado, Kwan? La Isla de la Calavera... Según muchos, solo existió en la imaginación de las gentes, en el autor de un guion, en la fantasía de los ingenuos... Pero ese hombre dice que existe, que está en algún lugar del África Ecuatorial... ¡Es la isla de King Kong, trata de entenderlo!

—King Kong... ¿El gorila gigante? —Kwan rio entre dientes, pese a lo dramático e incierto de su situación, allá al fondo de la oscura sentina—. ¡Cielos, Lena! ¿te has vuelto loca? No creerás esas tonterías...

—No sé, Kwan. Estoy dispuesta a creer cualquier cosa. Creo que es este ambiente que nos rodea, esa indefinible sensación de inquietud, de peligro, que Frank experimentaba. Acaso es eso: La Isla de la Calavera...

—¡King Kong, claro!

—No sé, Kwan... No sé. ¡Oh, Dios! ¿qué será de Frank, ahora?

—Esa es ya una idea mucho más sensata —asintió el joven chino—. Yo también me pregunto qué será de él...

En ese momento, el barco se ladeó más aún, bruscamente, con un áspero, amenazador crujido de su viejo casco desgarrado en los arrecifes. En el fondo de la bodega, se escuchó el rugido del agua, al entrar impetuosa.

—¡Vías de agua! —voceó el gordo traficante en armas, Duncan Travers —. ¡Nos ahogaremos! ¡Socorro, vamos a morir aquí sumergidos...!

—Para ratas como usted, Travers, es una muerte demasiado digna, incluso —manifestó agriamente Van Drutten—. Al menos, hay otra clase de ratas que pueden huir cuando un barco se hunde, pero usted no...

—¡Malditos, están todos confabulados contra mí! —se quejó amargamente el traficante.

—No diga tonterías —le cortó fríamente la voz del profesor Cyril Waxman—. No vale usted tanto como para eso.

—¡No discutan más, por Dios! —sonó la voz apacible del padre Carpenter—. Es mejor rezar en ocasiones así. Confiar en la Providencia, en el Señor y en su infinita misericordia...

El mismo estaba orando ya. Algunos le siguieron. En ese instante, chirriaron las tapas metálicas, enrejadas, de las escotillas. Alzaron sus cabezas, miraron angustiosamente hacia allá.

—¡Piedad, favor...! —clamó la voz atiplada de Travers—. ¡Sáquenme de aquí, Mac Ready, y les ayudaré en todo cuanto precisen! ¡Lo juro, lo juro!

—Cochino cobarde... —jadeó el doctor Levin, con desprecio—. Le

matarán de todos modos, ¿es que no lo entiende?

En ese momento sonó arriba una voz poderosa y clara:

—No se alarme nadie. El barco ha encallado en unos arrecifes, y está medio volcado, pero aún se mantiene en pie. Si logramos abandonarlo y sacar parte de su carga, tal vez se le pueda equilibrar y reparar, para poder seguir viaje alguna vez.

—¡Cole! —gritó Kwan Shang, frenético—. ¡Es Frank Cole! ¿Estás libre?

—¡Totalmente! —rio Frank—. Mac Ready y sus compinches están a buen recaudo.

Hemos logrado abatir a dos más. Los restantes están por ahí, malheridos o arrastrados de la cubierta por el choque, solo Dios sabe adónde... Les sacaré a todos de ese encierro, no se impacienten.

—¡Dios mío! ¿Y mi prima Karin? —pidió, con voz patética Jessie Hawkins—. ¿Qué ha sido de ella?

—¿Aún pregunta por esa...? —Lena se contuvo difícilmente.

Y, de pronto, se quedó mirando a lo alto, sin poder creer lo que veía. Karin Hawkins, con su inconfundible melena rubia, estaba junto a Frank, rodeándole con un brazo y riendo de buena gana, con la mirada fija en el fondo de la sentina.

—¡Jessie querida, no sufras por mí! —anunció—. Frank y yo estamos perfectamente... Todo salió bien. Mi plan dio resultado, después de todo.

—Pero... pero eso significa... —Lena casi se quedó sin aliento, mirando a Kwan en la oscuridad casi absoluta del fondo, que apenas si las lejanas estrellas podían romper, al entrar ahora su leve claridad por las abiertas escotillas.

—Sí, Lena, no me atrevía a decirte nada, por si ese cerdo de Travers nos vendía a todos —musitó Kwan entre dientes—. Yo vi el gesto de Frank cuando se iba. Él había adivinado la idea de esa chica, y me la transmitió a mí. Por eso pude evitar que el doctor Levin se delatase ingenuamente.

—¡Oh! todos sois unos... ¡Me habéis engañado miserablemente! —se quejó Lena, con amargura—. Yo creía que esa chica era... era una traidora, una embustera, una fulana y una...

—Lena, no debes dejarte llevar por tus sentimientos femeninos —le calmó, suavemente, Kwan Shang—. Eso nubla, a veces, la mente, compréndelo... Eso impide ver claras algunas cosas. Te dejas llevar por prejuicios. Recuerda que eres una *budoka*. Fría la mente, desapasionado el corazón...

Lena no contestó a eso. Vio descender a la bodega a Frank y a la rubia Karin, y apretó los labios, mirando fríamente a ambos, y tratando de serenar su agitado espíritu.

—¿Dónde... dónde hemos embarrancado, Cole? —preguntó,

ávidamente, el capitán Van Drutten.

—No lo sé, capitán —se volvió Frank hacia él—. Pero hay una espesa niebla rodeando la zona, y el aire tiene un extraño olor sulfuroso, como si fuese una región volcánica o algo así. ¡Ah...! He visto una enorme masa rocosa, que asoma como un promontorio sobre los arrecifes, casi por encima de nuestras cabezas.

—Ha de ser una isla —masculló Van Drutten—. Una isla perdida, poco conocida... Hay muchas en este litoral, Cole. Y algunas son volcánicas...

—Esa roca, capitán, tenía una forma muy peculiar. Tenía... tenía la forma de un cráneo, de una calavera gigante...

—¡Skull Island! —clamó el marinero Scorza, con voz horrorizada—. ¡Es esa! ¡Estaba seguro de ello!

—No, no puede ser... La Isla de la Calavera... —repitió el capitán Van Drutten con tono incrédulo—. ¡Cielos, no! No existe. Nunca existió;...

—¿Ah, no? —replicó él marinero italiano—. Entonces... ¿qué significa esa forma de calavera, capitán? La isla salió de entre las brumas... Lo que dicen todos los marineros que han recorrido estas latitudes... ¡Es la Isla de la Calavera! Y King Kong estará en ella...

—¡Por Dios, Scorza, no diga tonterías! —le reprendió Van Drutten con ira—. Esa isla no puede existir. Es un disparate...

—Lo siento, capitán —dijo una voz serena, tranquila y reposada—. Pero su marinero dice la verdad. La isla existe. Y si hemos llegado a ella... ya he logrado lo que me propuse al venir a África, aunque por muy extraños caminos... Yo vine en busca de esa isla, capitán... porque mi hermano, Alexis Waxman, está en ella —dijo el profesor Cyril Waxman.

* * *

La visión era sobrecogedora.

La niebla trazaba jirones que envolvían el casco de modo fantasmal, como espectros flotantes que surgieran de la noche ecuatorial. Un calor denso, pesado, sofocante y húmedo, caía sobre el medio volcado barco.

Los pasajeros, encogidos, apiñados en un grupo medroso o impresionado, sobre la cubierta inclinada del viejo Silver Skull, contemplaban aquella visión borrosa y dantesca que apenas si se perfilaba en las brumas que, con un humo sulfuroso, formaban un amasijo denso y misterioso, envolviéndolo todo en su manto grisáceo.

A pesar de ello, la efigie rocosa, desafiante, de la enorme calavera quizá modelada por los vientos marinos, en una erosión constante de los peñascos de aquel abrupto litoral, sobresalía visible, como despidiendo vapores del infierno por sus cuencas y boca. Era como un inmenso, macabro mascarón de proa, mirando al misterio eterno de los mares.

Abajo, a sus pies, un farallón casi cortado a pico, terminaba en una

suave playa arenosa, salpicada de palmeras. Y delante de ella, como una protección natural para la misteriosa tierra surgida del mar y de la bruma, aquellos arrecifes donde había encallado el barco, mal conducido por los esbirros del rebelde Mac Ready.

—Tiene que serlo —recitó, con voz estremecida, el profesor Waxman, avanzando despacio hacia la borda, para ver más de cerca aquel silencioso y espectral paraje—. Tiene que ser esta la isla...

—¿Cómo sabe que su hermano está aquí? —dudó el doctor Levin, escudriñando el tétrico lugar.

—No lo sé. Pero me es fácil imaginarlo. Los hechos coinciden, los datos parecen idénticos... Ha de ser aquí, estoy seguro.

—¿Y se llama... la Isla de la Calavera, realmente? —musitó Jessie Hawkins, medrosa.

—Así parecen llamarla todos los marineros de estas latitudes —asintió Waxman—. Pero eso no quiere decir que sea la isla de esa vieja película de fantasía. Esa no creo que haya existido nunca, salvo en la imaginación de su autor, señores.

—Pero la superstición de los marinos dice...

—Padre Carpenter, usted es el menos indicado para creer en supersticiones —le reprendió el profesor—. No puedo admitir que exista King Kong, si se refiere a eso.

—Profesor, yo creo en lo que estoy viendo, simplemente —le sonrió el clérigo—. Y esta podría ser, perfectamente, la isla que inspiró a alguien ese relato, si la despojamos de toda fantasía literaria.

—Sigue sin decirnos por qué supone que su hermano está aquí, profesor —insistió Cole, con una suavidad engañosa, puesto que su tono era firme y algo frío.

—Cole, estoy siguiendo su rastro por África desde hace años. Alexis huyó de la civilización, del mundo, de la familia, de todo en absoluto, para refugiarse en un confín ignorado por el hombre. Supe más tarde, que era una isla extraña la que había convertido en su dominio privado. Y algunos marineros me hablaron de la Isla de la Calavera. Era algo más que simple superstición. Era un islote poco conocido del África ecuatorial, a alguna distancia de la costa, envuelta en engañosas nieblas, muchas de las cuales eran vapores volcánicos.

—¿Y qué vino a hacer su hermano a un lugar semejante? —se interesó Kwan Shang, perplejo.

—Esa es la peor parte de la historia, señores —suspiró, tristemente, Waxman—. Mi hermano, Alexis Waxman, lo que hizo fue...

No llegó a terminar la frase. De súbito, un bramido formidable atronó el aire, e hizo estremecer, sobrecogidos, a todos los reunidos en cubierta. Tal vez los rebeldes, encadenados y encerrados en la sentina, ahora, también

temblarían ante aquel sonido sobrenatural, que parecía llegar de la isla, emitido por una garganta sobrehumana, quizá de una fiera inimaginable...

—¡Ese sonido! —musitó, con el rostro lívido el marinero Scorza—. ¡Es el rugido de un animal! ¡Así rugen los gorilas... pero centuplicado de volumen! ¡Es King Kong, estoy seguro!

—¡Scorza! —se enfureció Van Drutten—. ¡Calle de una maldita vez por todas!

—¡Mire, capitán! —le gritó Cole súbitamente, con tono dramático.

Todos miraron adonde señalaba Frank con mano firme, sin el más leve temblor.

Sobre la isla, súbitamente, una especie de sombra gigantesca estaba proyectándose, con un fulgor cárdeno a sus espaldas, procedentes de algún lugar, más allá de la rocosa formación de la calavera.

Las vacías cuencas de esta parecieron iluminarse, formando dos ojos rojos y siniestros, que se clavaban en el barco y sus ocupantes. Pero lo que realmente horrorizaba a los presentes, era la sombra gigante que oscilaba sobre palmeras, rocas y arena.

La sombra de un gigantesco animal cuadrumano. Quizá un gorila colosal.

Quizá el mítico King Kong...

* * *

La reacción del profesor Waxman fue insólita y temeraria.

Saltó la borda, precipitándose a los arrecifes, al oleaje que rompía mansamente en ellos, y gritó, mientras nadaba desesperadamente hacia la playa cercana:

—¡Ahora lo sé a ciencia cierta! ¡Ahora sí lo sé! ¡Es él, mi hermano! ¡Está aquí, en esta isla! ¡Es su isla perdida, no hay duda...!

Todos se miraron entre sí, indecisos, sin saber qué hacer ni qué pensar.

Frank Cole fue quien resolvió esas dudas, precipitándose rápidamente detrás del profesor, a través de las aguas y las rocas del arrecife. Sin vacilar, Lena y Kwan le siguieron.

—¡Vuelva atrás, profesor! —le gritó Cole, nadando furiosamente tras de él—. ¡Vuelva acá, no haga locuras! ¡Sea lo que sea lo que vimos, esa sombra pertenece, sin duda, a un monstruo!

Pero Cyril Waxman no le escuchaba. Seguía nadando, nadando sin cesar, hacia la orilla. Y alcanzó la arena, la pisó, jadeante, como inundado por un impulso febril, superior a todo instinto de conservación.

—¡Hermano! —gritó a la noche, al silencio, al desolado paraje isleño —. ¡Estoy aquí! ¡He encontrado tu refugio! ¡Voy a tu encuentro al fin...!

Y echó a andar por la arena, resueltamente, hacia la línea de palmeras del fondo.

La sombra gigantesca del simio se movió, de pronto. Algo, una masa oscura, viviente, surgió de la oscuridad. Se precipitó sobre Cyril Waxman, justo cuando Frank Cole y sus dos amigos, alcanzaban la arenosa orilla.

CAPÍTULO VI

CRÁTER DE HORRORES

El mismo alarido deshumanizado y ensordecedor de antes pareció planear sobre la playa, despertar ecos dormidos en la olvidada isla de las brumas y confirmar la existencia inverosímil, absurda, de un monstruo mítico ya, una simple creación cinematográfica que jamás existió.

Cuando el propio Frank Cole y sus amigos esperaban ver surgir la espantosa aparición del célebre y terrorífico Kong, como amo y señor de la Isla de la Calavera, esa sombra simiesca pareció diluirse en la noche, en la neblina fantástica, y desapareció, junto con los últimos ecos del gruñido fabuloso.

Durante unos instantes, el silencio fue absoluto, denso y casi aplastante, como la propia humedad sulfurosa del vapor aquel, flotando sobre la franja arenosa y las aguas que iban a morir mansamente en el litoral surgido de la nada.

Luego, de repente, una espantosa sinfonía de gritos y de voces, de correr de pies desnudos, rompió aquella inquietante y brusca calma.

Frank Cole, Lena y Kwan Shang, agazapados entre la arena y el agua, contemplaron estupefactos lo que sucedía en la playa.

Como, en cualquier vieja historia de celuloide rancio, las figuras vigorosas, color ébano brillante, de unos negros gigantes, enarbolando largas lanzas y protegiéndose con escudos rústicos, invadieron la orilla, dirigiéndose hacia el profesor Cyril Waxman amenazadoramente.

Serían, al menos, unos dieciocho o veinte nativos, y sus intenciones, evidentemente, distaban mucho de ser pacíficas. El resplandor rojizo que, de repente, había surgido allá arriba, iluminaba sus cuerpos oscuros, con reflejos que convertían aquella piel de azabache viviente, negra y lustrosa, en un juego de sombras y de fulgores carmesí, que aún hacían más inquietante la escena.

Waxman se había detenido, bruscamente, clavando sus ojos inquietos, sobresaltados, en la horda negra que se le venía encima. Aunque mucho más primitiva y sorprendente que la situación de peligro en los muelles de Mbango durante la revolución tribal del general Bwoonga, su cariz alarmante no dejaba de ser parecido.

Waxman, desarmado e indeciso, no tenía absolutamente posibilidad

alguna frente a aquella horda de enemigos surgidos de la noche y de lo desconocido.

—Es... es como una pesadilla, Frank —susurró Lena, moviendo la cabeza con horror—. Como asistir a la proyección de una vieja película de aventuras...

—Pero de esta pesadilla no hay un despertar. Y la película no termina, ni tiene un final demasiado feliz, en todo caso —sentenció sombríamente, Cole—. Esos nativos van a matar, sin remedio, a ese infortunado.

Waxman, al advertir lo que sucedía, había empezado a reaccionar, y ahora trataba de luchar desesperadamente por su vida. Dando un grito ronco de ira, había dado media vuelta e intentaba huir del acoso dramático de aquel grupo de salvajes.

Un par de lanzas, arrojadas por los nativos, hendieron el aire y fueron a clavarse en la arena, junto a él, casi en sus propios pies. Otros negros alzaron sus lanzas tomando puntería para atinar al intruso.

—¡Vamos! —rugió Cole—. ¡Es preciso intervenir!

Y se precipitó, rápido, sobre la playa. Le siguieron Lena y Kwan Shang, como si fuesen sus propias sombras, y no pudieran abandonar el cuerpo que las proyectaba.

Los nativos, sorprendidos, se quedaron clavados en la arena, interrumpiendo la persecución de Waxman, cuando descubrieron la aparición de los tres extraños, lanzados sobre el grupo, a la carrera, pareciendo desafiar su indudable fuerza y número de un modo suicida.

—¡No, no sean locos, por el amor de Dios! —les gritó Waxman, horrorizado—. ¡No intenten atacarles! ¡Son muchos, y parecen furiosos por algo! ¡Atrás, atrás, amigos, no ganarán nada y ellos les matarán!

—Si nos volvemos ahora, profesor, nosotros y usted acabaremos ensartados por sus lanzas —replicó Cole—. Y, posiblemente, también nuestros compañeros de viaje.

Waxman cayó, jadeante, entre los arrecifes y el oleaje, mirando atrás desesperadamente, sin saber qué hacer, mientras los Tres Dragones de Oro llegaban a su enfrentamiento con aquel enemigo insólito, por vez primera en su azarosa vida por todos los continentes del mundo.

Era la primera ocasión en que los tres *budokas* se enfrentaban a unos nativos hostiles, en una isla desconocida y fantasmal, donde la lucha por la vida parecía convertirse en una pesadilla inquietante.

El nutrido grupo de negros se miró entre sí, algo perplejo por la sangre fría de aquel trío de extraños que osaban desafiarles. Los tenían frente a ellos, a menos de tres yardas de distancia, y se habían parado, agazapados, separados entre sí prudencialmente, la mirada clavada en ellos, los músculos en tensión, los nervios tirantes como cables de ballesta. Aquellos ojos parecían estar fijos en cada mínimo movimiento de los músculos que

protegía la negra piel lustrosa, como queriendo intuir, justo a tiempo, la posible actitud inmediata de sus rivales.

La idea debió resultar, porque un segundo después, algunos de los nativos lanzaban sus armas arrojadizas sobre los intrusos que cubrían al fugitivo en la playa.

Y los tres, sorprendentemente, alzaban sus brazos en el aire... ¡y dedos de acero se aferraban a las lanzas, sujetándolas en el aire antes de caer y herir, como si la velocidad de dichas armas fuese totalmente inofensiva!

Gritaron los negros, sorprendidos y desorientados ante una hazaña que ellos mismos no eran capaces de hacer ni de imaginar. No podían comprender que los reflejos de los tres, su entrenamiento de años en las más duras y vertiginosas técnicas de las Artes Marciales, les hacía capaces de intuir y prever, en décimas de segundo, cualquier acción enemiga, y que sus brazos, manos y dedos, podían alcanzar velocidades de vértigo en su reacción defensiva.

Tras aferrar las lanzas, los *budokas* no pensaron en utilizarlas contra ellos, como la mentalidad de los nativos les dictaba. En vez de eso, al unísono, como si un mismo cerebro moviese las tres voluntades, quebraron las lanzas entre sus manos, como frágiles cañas quebradizas, arrojando sus fragmentos a la arena.

Fue un acto sencillo, pero impresionante para la mentalidad simple de aquellos nativos, perplejos ante tan extraños combatientes. Sin embargo, eso no bastaría a detener por completo su furia agresiva, y eso bien lo sabían Cole y sus camaradas.

Ahora, cuando dos o tres de ellos intentaron alzar sus lanzas para arrojarlas sobre el trío, otros aullaron, soltando de sus cinturas llenas de huesos, colgantes, trenzas primitivas y toda clase de adornos, una especie de pesados mazos tallados en madera oscura y maciza, con los que se precipitaron sobre los intrusos, pensando en la saludable intención de hundir sus cabezas como si fuesen frutos tropicales ya maduros.

Frank Cole y sus amigos, todavía en guardia, alerta a cuanto ellos hacían, reaccionaron poniendo en aquel esfuerzo todas sus energías vitales, todo su poder de concentración, todo su espíritu de luchadores indomables.

Su grito potente, estremecedor, enervante para el contrario, brotó de sus pulmones, de sus bocas, acaso de su espíritu mismo, restallando en la playa como un sonido sobrenatural, como una voz que los nativos jamás habían oído antes, y que les sobrecogió el ánimo, golpeando de un modo casi físico sus tímpanos, sus estómagos, su cuerpo todo, hasta herir sus obtusos cerebros:

—¡KIANUN!

Eran tres voces y un solo grito, una sola palabra que era el estallido de su poder de exterminio, si la circunstancia lo requería. Tres cuerpos

transformados en tres ballestas disparándose en tres catapultas demoledoras, en tres formas vertiginosas e increíbles, saltaron por el aire, para caer sobre la primera fila de los nativos.

Sorprendentemente para estos, hábiles katas de Cole, golpes certeros de Kwan con sus manos en forma de Tao-Shou o sable, y también de sus pies en diversas posiciones del kung-fu, utilizando las formas más espectaculares y eficaces del arte chino de la lucha, llaves imprevisibles y veloces de Lena Tiger, la aikidoka de los músculos de goma y la velocidad del felino, extendieron, en solo unos brevísimos segundos, la confusión y el desastre a las filas de los negros, que veían caer sobre ellos una lluvia de golpes tales, a la vez que sus armas saltaban inofensivas de sus dedos o sus cuerpos volaban por los aires. Todo ello tan rápido, tan demoledor e insólito, que cuando quisieron reaccionar, actuar de otro modo, era ya tarde.

Frank Cole, inverosímilmente, incluso para un hombre como el profesor Waxman, que le había visto luchar en los muelles de Mbango aquella inolvidable y trágica noche, había elegido nada menos que un grupo de ocho nativos para pelear.

Se había situado en medio de un imaginario círculo que trazaban los pies desnudos de aquellos peligrosos salvajes, y exactamente, en menos de ocho segundos, como si fuese un huracán demoledor, sus giros, movimientos, katas de todo tipo y acciones fulgurantes, daban al fin en tierra, ¡con los ocho negros a la vez!

Lo que parecía un imposible, un absurdo completo para un profano, no era sino la puesta en práctica, fría y desapasionada, de una de las técnicas del karate que cualquiera de sus expertos podía dominar y llevar a la práctica con pasmosa facilidad. Pero que Frank Cole desarrollaba en una lección práctica magistral, armonizando todas las fases de una kata llamada Pinan-Shodan, en la que él era el centro y los ocho enemigos sus objetives inmediatos. Una sucesión prodigiosa de situaciones como las *Zen*-Kutsu-Dachi, paradas en Gedan Ba-rai o Age-Uke, y toda una serie de golpes magistrales y demoledores, como el Ole-Tsuki-Chudan, Uchi-Ude-Uke, y otros semejantes[2].

Puesta en práctica esa técnica de giros, cambios, paradas y ataques, sincronizados a la perfección, con el grito de ¡KIAI! preferido en su momento oportuno, los ocho adversarios de Cole fueron virtualmente barridos, y eso provocó el terror en todos los demás, cuando ya los impactos de pie y manos de Kwan Shang, en series Kai, Tan y Tun de su técnica de kung-fu, habían abatido, también, a cuatro hombres, y hasta Lena Tiger, la mujer de la piel color canela, había utilizado sus presas y llaves de aikido, rápidas y armoniosas, para dar en tierra con dos hombres negros y tener a punto de lanzar por los aires a un tercero, que chilló, con

ojos desorbitados, apartándose de ella, tambaleante, para huir.

Fue como una señal para todos. Los nativos negros huyeron en desbandada, dejando sobre la arena sus armas y objetos rotos, en una verdadera fuga que marcaba su derrota. Incluso los negros abatidos por el poder de la técnica luchadora de los Dragones de Oro, se incorporaron, vacilantes, mirando con ojos redondos y desorbitados a sus enemigos, cual si estos fuesen dioses llegados de otro mundo, y emprendieron la fuga lo más rápidamente posible, dado su estado actual.

En ningún momento intentaron Cole y sus amigos impedirles la evasión, limitándose a contemplarles fríamente, con las manos apoyadas sobre sus caderas, y las piernas separadas, apoyándose firmemente en la arena.

—¡Dios me asista si puedo creer lo que he visto...! —jadeó el profesor Cyril Waxman, sacudiendo la cabeza con perplejidad—. Tres contra todo ese grupo... y sin armas. ¡Hasta la muchacha parecía un tigre combatiendo y derribando enemigos como si fuesen simples cañas de bambú!

Los negros desaparecieron prestamente en la espesa jungla que se vislumbraba tras la hilera de palmeras que bordeaban la franja arenosa. Frank se volvió hacia Waxman, sacudiendo la cabeza.

—Menos mal —dijo—. Ya ha pasado, momentáneamente, el peligro. Profesor, ¿qué podemos hacer ahora? ¿Volver al barco encallado y refugiarnos en él... o buscar algún refugio en esta isla?

—Me inclino por lo segundo, Cole —murmuró el profesor, acercándose a ellos—. Hemos de encontrar a mí hermano.

—Profesor, ¿está usted seguro de que esta es la isla donde mora su hermano? ¿Qué garantías tenemos de ello?

—Me lo dice el corazón. Los que me informaron decían la verdad. Eligió un islote fuera de las rutas marinas habituales, donde refugiarse del mundo, donde seguir su trabajo solo para sí... Y es esta isla, podría jurarlo.

—Poca evidencia es esa, pero hemos llegado aquí, y vale la pena intentarlo. No podemos quedarnos tampoco en ese barco medio volcado, esperando un milagro. Tal vez tenga usted razón. Cuando menos, valdrá la pena explorar todo esto, ver si hay un sitio seguro, donde resistir cualquier ataque nativo... o cualquier otro peligro. Esa sombra de antes, profesor... existía, no fue imaginación de nuestros sentidos.

—Sí, existía —el profesor inclinó la cabeza, sombrío.

—Y era la de un gorila gigante, o algo así. Yo no creo en la existencia real del mítico Kong. Tiene que existir una explicación, profesor Waxman. Una explicación científica, profesor. Una explicación que, tal vez, usted tiene y puede darnos.

—¿Cómo... cómo lo supo, Cole? —gimió entre dientes Waxman, sin levantar sus ojos del suelo.

—No es difícil. Usted es un científico especializado en biología y bioquímica, igual, que su hermano. El nombre de este, Alexis Waxman, es mundialmente célebre como investigador del crecimiento de las células vivas de los animales, y el comportamiento de estos en circunstancias anormales. Hacer CRECER desmesuradamente a un animal vulgar, y observar luego su comportamiento, su poder, su modo de actuar en la vida, es un posible experimento que su hermano realizaría, evidentemente.

—¡Acertó! —había amargura en el tono de voz del sabio—. Sí, Cole. Mi hermano Alexis encontró el modo de hacer crecer desorbitadamente a los animales, mediante un tratamiento celular especial. Pero resultó... una monstruosidad. Los animales así afectados en su crecimiento lógico, acababan por enloquecer, comportándose de modo extraño y absurdo, peligroso a veces. Le quise convencer para que desechase tales investigaciones. Su... su esposa, Irina, me ayudó en esa tarea. Al final, creímos haberle convencido. Cuando, de repente... él mismo comenzó a crecer, Cole.

—¿Qué? —Frank cambió una mirada de horror con Lena y Kwan.

—Sí, es horrible, pero así sucedió. Enseguida imaginé lo sucedido. Alexis había faltado a su palabra, nos había engañado, ¡y usaba en sí mismo la droga experimental! Eso le enloqueció también a él. Antes de que pudiese destruir sus fórmulas y documentos, los hurtó del laboratorio... ¡y escapó con rumbo desconocido! Lo peor de todo es que... escapó llevándose consigo, a viva fuerza, a su mujer, Irina. Ahora él se encierra en una maldita isla de África ecuatorial, quizá en esta misma en que estamos, donde un marinero vio una vez a un hombre MUY alto y muy desarrollado... como un gigante. Y con él, una mujer de tamaño normal, que él llevaba en sus brazos, como si fuese un juguete.

—Es horrible —afirmó Cole—. Una prisionera en manos de un loco monstruosamente desarrollado, convertido en un auténtico monstruo, realmente... Vamos, hay que dar con el profesor Alexis Waxman, si realmente está aquí. Sospecho que usted ha venido a rescatar a su cuñada, no a recuperarle a él, ya que eso, ahora, será imposible, a menos que el tratamiento celular ceda, y el objeto del experimento recupere su volumen normal...

—No, Cole, el proceso es irreversible —se lamentó Waxman—. Ya no hay vuelta atrás, por desgracia. Acertó. Vengo a intentar salvar a Irina. Ella... ella no merece esta vida de horrores... Pero tenga en cuenta que nos enfrentamos a un ser humano que tendrá, al menos, unos diez pies de estatura en estos momentos, y que tal vez llegue a pesar un mínimo de cuatrocientas libras[3]. A mí me reconocerá, porque la demencia no afecta a su entendimiento normal. Pero si ve a más personas... no sé lo que podrá suceder, Cole.

—No puede aventurarse solo en esta isla, profesor. Aunque su hermano le conozca y no llegue a hacerle daño alguno, ¿ha pensado en lo que significa enfrentarse a un mundo que no conoce, a unos nativos peligrosos y agresivos, que quizá estén escarmentados de su hermano y, por ende, de todo hombre blanco...? ¿Y ha pensado también en que esa sombra que vimos es, sin duda, la de un desdichado gorila vulgar, al que su hermano ha tratado con su maldita fórmula, haciéndole crecer horriblemente, y centuplicando así sus fuerzas y su rabia? Acaso se situó cerca de una llamarada, y eso agigantó más aún su figura, pero de todos modos no era un gorila de tamaño normal, estoy seguro.

—Sí, yo también, Cole. De todos modos, no pueden ustedes arriesgarse por mí...

—No es por usted. Es por muchas otras cosas. Está su cuñada Irina, cautiva de un esposo monstruoso y loco. Un infierno tiene que ser su vida aquí. Luego, están esos pobres salvajes. Ellos quizá no eran, antes, dañinos ni peligrosos, pero el terror les ha cambiado. Y eso hará peligrar muchas vidas si en otra ocasión, como nosotros ahora, llegan aquí unos náufragos de raza blanca. Además, está usted. ¿Se parece bastante a su hermano, el profesor Alexis Waxman?

—¿Parecernos? —Cyril Waxman soltó una agria carcajada de dolor e ironía—. Eso es lo peor de todo, amigo mío. De ahí el ataque inmediato y virulento de esos negros a mí persona. Mi hermano y yo... somos IGUALES, ¿comprende? Somos gemelos...

—¡Cielos! —Cole sacudió la cabeza—. Ahora lo entiendo mejor. Si ellos odian y temen a su hermano, como imagino, no sentirán mucha más simpatía por usted. Está decidido. Si los demás no quieren venir, nosotros tres sí lo haremos, profesor.

—Sé de alguien más que vendrá, quieran ustedes o no, Cole —murmuró tristemente el sabio, hermano de un sabio infinitamente más notable y famoso en el mundo de la ciencia.

—¿Quién? —preguntó vivamente Cole.

—Mi hija...

—¿Qué? —pestañeó Kwan Shang, empezando a pensar que el que estaba rematadamente loco era Cyril Waxman y no su hermano desaparecido.

—Sí, ese era mi secreto, Frank. Espero sepa perdonarme que no lo revelase mientras papá no lo considerara oportuno...

Se volvieron los tres Dragones hacia el punto de la playa donde alguien había hablado suave y cansadamente.

Con sus bien torneadas piernas hundidas hasta los muslos en el agua, moviéndose hacia ellos entre los arrecifes y la arena, se hallaba allí Karin Hawkins, la rubia muchacha cuya estratagema sirvió para salvar de la

muerte parte de la tripulación y todo el pasaje del Silver Skull.

* * *

—Karin, ¿por qué no me lo dijo? Lo hubiera entendido, y no hubiésemos sospechado de usted, de su actitud...

—No podía. Papá me lo había prohibido. Tenía miedo de que a bordo corriese el miedo, el pánico supersticioso, si alguien llegaba a saber que buscábamos la Isla de la Calavera, y en ella a un hombre gigantesco y a una mujer cautiva, así como el posible enfrentamiento a bestias salvajes de tamaño monstruoso. Aquella noche, Lena, fui a ver a mi padre, que me había citado en cubierta, y hablamos sobre nuestros proyectos inmediatos. Eso fue todo...

—Karin, ¿usted está decidida a internarse en esta isla que desconocemos? —le preguntó Cole.

—Por supuesto —afirmó ella, enérgica—. No temo lo que haya en ella. Quiero ayudar a mí padre a dar con el paradero de mi tío Alexis. Sea como fuere.

—Es usted una chica muy valerosa, Karin. Ya lo demostró con Mac Ready, ciertamente. —Cole la contempló, admirativo, y Lena Tiger volvió a mostrar el destello de los celos en su mirada oscura y apasionada—. Por cierto, ¿entonces esa historia de la televisión inglesa era falsa? ¿Y su prima Jessie?

—Era falsa solo en parte. Soy actriz de cine y televisión, y trabajé con la BBC en África. Pero no fui por vacaciones a Mbango, sino a reunirme con mi padre. Nos vemos muy de tarde en tarde, a causa de mí trabajo. Mamá murió hace más de diez años, y desde entonces, hemos tenido poco contacto papá y yo.

—¿Y con su tío Alexis?

—¡Oh! Con él nunca tuve contacto desde niña. Creo que la última vez que lo vi, tenía yo ocho años —sonrió Karin.

—Entiendo. ¿Y su prima Jessie? ¿No es tal prima?

—Acertó. En eso sí he mentido. Jessie Hawkins es mi mejor compañera de trabajo y una gran amiga. Yo soy Karin Waxman, por supuesto. Nada de Hawkins.

Jessie se prestó a pasar por mí prima, ya que tenemos cierta semejanza en nuestras facciones, para evitar que la verdad se supiera, y empezase a cundir la superstición a bordo. Aun así, ya vio usted que no lo logramos del todo.

—Muy cierto —asintió Cole—. Los marineros tienen un sexto sentido para esas cosas; Karin. Además, ese algo raro, indefinible, estaba en el ambiente, yo lo presentía.

—Es usted muy listo y muy sensible, Cole —afirmó Waxman—. Pero

sigo pensando que ninguno de ustedes debe arriesgarse en esto. Solo Karin y yo...

—Está decidido. Iremos con ustedes, profesor. Lena, Kwan y yo. En cuanto a los demás viajeros... habrá que preguntarles a ellos. Es lo mejor.

Iniciaron el regreso al semivolcado buque. Estaban en camino, cuando en la distancia comenzó un batir sordo de tambores.

Se pararon. Volvieron la cabeza. Karin respiró hondo. Su padre frunció el ceño.

—No me gusta eso —musitó el profesor—. Va a asustar a los demás, sobre todo a los supersticiosos.

—Son tambores nativos. Los negros se llaman entre sí... —opinó Lena, pensativa.

—Seguro. Ello es a causa de la lucha en la playa —afirmó Waxman—. Pero esos tambores... recuerdan demasiado a la otra Isla de la Calavera, la de King Kong... Cundirá el miedo. Y en estas circunstancias, el miedo es un mal compañero para todos.

Cole no dijo nada, pero su asentimiento de cabeza pareció dar la razón al profesor.

* * *

La caravana se detuvo ante el precipicio.

—Tendremos que salvarlo de algún modo —dijo, nerviosamente, el doctor Levin.

—En King Kong derribaban un árbol para usarlo de puente —señaló el padre Carpenter, apaciblemente.

—¡Por el amor de Dios, no diga esas cosas! —se persignó Bruno Scorza, empuñando nervioso su fusil—. Solo faltan esa clase de comentarios...

—Lo siento —sonrió el clérigo—. Pero desengáñese. Kong no existe. Esta es otra isla.

—Hasta ahora, las cosas se están pareciendo demasiado, padre —se quejó el italiano con gesto preocupado, contemplando aquel barranco profundo.

Frank Cole intervino con una tranquilizadora sonrisa:

—El padre Carpenter tiene razón. Esta es otra isla, Bruno. También tiene razón el doctor Levin. Vamos a echar uno de esos altos troncos sobre el vacío. Se puede pasar así al otro lado. Ahorraremos mucho tiempo con ello.

—No deberíamos haber venido —gimoteó la voz de Duncan Travers—. Nunca debíamos haberlo hecho. Era más seguro quedarse en el barco...

—¿Por qué diablos no se quedó usted, en vez de seguirnos gimoteando como una mujerzuela? —refunfuñó el capitán Van Drutten con ira.

—¿Iba a quedarme yo solo a bordo, con todos aquellos rebeldes encadenados en la bodega? —jadeó el traficante de armas—. ¡Ni lo sueñe, capitán! Ya que les dio por venir en esta loca empresa, yo he venido también. Pero sigue sin gustarme. Hay algo siniestro en esta isla...

—Sí. Usted —le replicó Kwan Shang con sarcasmo, despertando la risa en algunos.

El grupo de once personas pudo seguir adelante, cuando hubieron logrado derribar el tronco de una palmera, y tenderlo sobre el vacío. Todos pasaron con relativa facilidad. Solo el gordo y tembloroso Travers estuvo a punto de perder el equilibrio e irse abajo.

—Lástima —comentó Van Drutten entre dientes—. Hubiera sido un buen final para un tipo como usted...

Travers le miró, empapado en sudor, pálido de miedo, y resopló, sin decir nada.

La caravana continuó adelante. Llevaban armas automáticas, y solo los Tres Dragones se habían negado a llevar consigo alguna de ellas. Los *budokas* jamás usan otras armas que sus brazos y piernas. Ni siquiera en Skull Island podían cambiar su espíritu.

El redoble de tambores había persistido durante largo rato, procedente del interior del islote... Pero habían cesado poco antes, y ya no se oía nada.

—Pronto amanecerá —señaló Van Drutten, escudriñando el cielo—. ¿Creen que podremos regresar sanos y salvos al buque, antes de que esos malditos rebeldes agoten sus provisiones de agua y comida, depositadas en la bodega junto a sus cochinos cuerpos encadenados?

—Ya pueden rezar porque sea así —dijo, gravemente, el doctor Levin —. Aunque si caemos nosotros, ellos no llegarían a morir de hambre. Los nativos asaltarían antes el barco, matando a todo el que encontraran a bordo, estoy seguro.

—Eso, si no hay algo peor que los nativos en esta condenada isla — musitó Scorza.

Nadie contestó nada. Waxman y Cole se miraron en silencio, sin replicar. Karin se había aferrado a Frank para caminar con más seguridad, ante la mirada crítica de Lena. Ahora no había que fingir nada, y, sin embargo, Karin se pegaba insistentemente al *budoka* americano, rozándole con su cuerpo.

De súbito, se pararon todos en seco, al final del sendero que serpenteaba entre espesa fronda. Miraron ante sí, perplejos.

Habían descubierto el lugar en que se hallaban. Sucedió ello al dejar atrás un enorme montículo repleto de vegetación.

Un resplandor rojizo les envolvió en una especie de espectral aureola, como si una luz del infierno llegara a ellos, emergiendo de una abertura circular, situada a sus pies.

Estaban en un volcán. Justamente al borde de un cráter casi apagado, del que ascendía el fulgor de las brasas aún en convulsión, junto con el vapor ardiente que apestaba a sulfuro.

—¡Un volcán! —exclamó Cyril Waxman—. Es un volcán sin extinguir totalmente... Hemos estado subiendo la falda del mismo...

—Y el viaje ha terminado aquí —sentenció otra voz—. Miren. Ya clarea por allí, y no hay ya mucho por ver...

Era Van Drutten quien hablaba. Todos miraron en la dirección que señalaba el viejo capitán. Tenía toda la razón del mundo. Su instinto no le había fallado.

Al pie del volcán, por el lado opuesto, laderas de lava descendían hacia otra orilla arenosa, donde la vegetación era más escasa, y donde la arena tenía un color gris negruzco.

Era zona volcánica. Y era el final del islote por aquel lado. Allí terminaba la breve excursión. Se miraron entre sí, desorientados.

—Es un islote muy pequeño, apenas un trozo de tierra emergiendo del mar, en torno a la boca de un volcán —comentó Cole—. Así se explica que poca gente lo vea al navegar. Las brumas ecuatoriales difuminan sus contornos fácilmente.

—Es, realmente, una isla perdida. Pero diminuta —suspiró Karin Waxman, defraudada.

El profesor iba a decir algo, dando por terminada la expedición con resultado negativo por completo, cuando sucedió algo que heló la sangre en las venas a todos los presentes.

De entre los peñascos volcánicos que formaban un hosco anillo en torno al descenso al fondo o chimenea del volcán, emergió una figura espantosa, velluda y gigante, que se precipitó sobre ellos, tomó entre sus poderosos brazos a alguien con un rugido, y... lo arrojó violentamente al fondo de las brasas candentes del cráter.

Mientras caía hacia la muerte en aquel infierno, dando tumbos violentos, el gordo Duncan Travers emitió un grito agudo, terrible, estremecedor, que solo se extinguió cuando algo, allá abajo, chisporroteó en el mar de brasas, fundiéndose acto seguido.

Luego, el monstruo oscuro, velludo, se precipitó rugiendo sobre la persona más cercana al gordo Travers, y la aferró entre sus garras, alzándola sobre su cabeza, para precipitarla también al cráter.

Esta vez su presa era Lena Tiger.

CAPÍTULO VII

BUDOKAS CONTRA MONSTRUOS

Durante una fracción de segundo, el horror había parecido inmovilizar a todos ante lo inevitable de aquel nuevo desastre.

Incluso Frank Cole y Kwan Shang, las únicas personas en el mundo que podían intentar la salvación de su compañera, si es que esto era posible, parecían petrificados por el terrible momento que vivían.

Esa fracción de segundo fue la que Lena Tiger tuvo de frontera entre la vida y la muerte. Abajo, a sus pies, el resplandor voraz de las brasas, parecía esperar, atraerla con su fulgor y con su fuerte hedor sulfuroso.

El monstruo velludo, que hacía gritar de pánico en esos momentos a un aterrorizado Bruno Scorza, iba a soltar a Lena en el enorme brasero de la muerte...

No. La inmovilidad de Cole no era tal. Ni la de Kwan tampoco. Ambos hombres, en una súbita y desesperada concentración de su ser, de su *Zen*, se acababan de automentalizar para intentar lo humanamente imposible: salvar a Lena de la muerte.

La bestia empezó a soltar a Lena. El cuerpo de ella saldría despedido de aquellas zarpas cubiertas de hirsuto vello. Un rostro monstruoso y negro, de ojos pequeños y relucientes, hizo recordar a muchos el mito mismo de Kong, el amo y señor de la Isla de la Calavera.

Porque aunque fuese infinitamente más pequeño... era más del doble de un gorila normal.

Era, en suma, un auténtico monstruo de pesadilla.

Cole saltó en fracciones de segundo increíbles, sobre la bestia gigantesca. Kwan también.

Fue Cole quien aferró virtualmente en el aire, con sus brazos poderosos, tensos y seguros como columnas de acero, el cuerpo disparado de Lena Tiger. Virtualmente, la arrancó de la trayectoria mortal, la agitó en el aire, impulsando sus dedos nervudos y vigorosos contra el cuerpo de la joven mulata, y desviando su trayectoria en el momento crucial.

Lena voló de costado, rodando por la pendiente en que ellos se hallaban, en dirección opuesta a la boca del volcán. Estaba a salvo por el momento.

—¡No disparen! —gritó Cole, al ver las armas automáticas fijas en el

gorila—. ¡Es cosa mía!

Y mientras el animal rugía, furioso, al sentirse golpeado por un impacto del talón de Kwan Shang en sus testículos, ya Frank Cole describía un salto inverosímil y, cayendo sobre el rostro del enorme gorila, disparaba veloz sus dos manos, en forma de sable o shuto, contra el entrecejo y la base nasal del monstruo.

Esos golpes, en los puntos vitales Cho-To y Jinsu, hubieran sido mortales de necesidad en un ser humano. Pero aquel no era un hombre, sino un gorila gigante, enfurecido y poderoso.

Aun así, acusó los dos golpes demoledores. Exhaló un gruñido torvo, se agitó furioso, y la sangre fluyó de su chata nariz copiosamente, mientras algo se trituraba tras su negra faz, bajo el martilleo de las manos de Cole.

Estuvo a punto de aferrar a este con sus zarpas, pero Frank logró eludir limpiamente el abrazo de muerte, gracias a su agilidad increíble. Kwan ya no intervenía en la lucha. Sabía que Frank podía dar cuenta de aquel monstruo, porque ahora había logrado que el gorila diese la vuelta completa, y ahora se hallaba de espaldas al cráter, emitiendo gruñidos de rabia y de dolor, deseoso de vengarse del que tanto daño le causara.

Cole se encogió, y luego disparó su cuerpo al grito de energía que impulsaba todas las fibras de su ser en ese momento decisivo:

—¡KIAI!

Y cargó sobre el gigantesco simio, logrando conectarle, en veloz sucesión, un brutal patadón en Yoko-Geri-Chodan, que unido a dos nuevos impactos de sus manos, en Nuki-Te, o sea con los cuatro dedos extendidos, rígidos, en forma de sable, y el pulgar doblado contra la palma, hirieron al temible enemigo en sus ojos y nariz nuevamente.

Ciego y dolorido, sangrando torrencialmente, el mono agitó sus brazos, emitió un alarido estremecedor... y se fue hacia atrás por su propio impulso.

Se perdió abajo, en las brasas, con otro nuevo chisporroteo siniestro, que puso fin a la desigual, insólita batalla entre un *budoka* y un monstruo.

—Jamás vi, ni soñé, nada igual —jadeó Scorza, lívido, tembloroso—. Ha vencido a Kong...

—No era ningún Kong —sonrió, cansadamente, Frank volviéndose a él —. Solo un gorila normal, agigantado por un proceso químico. Al menos, era un adversario leal, aunque demasiado fuerte incluso para un *budoka*. Necesitó cinco golpes de muerte para caer al cráter, y aún vivía el infortunado...

—¡Dios nos asista! —murmuró Van Drutten, impresionado—. Hemos perdido a Travers. No me caía bien, pero ya tuvo su castigo... ¿Qué hacemos ahora, Cole?

—Eso quisiera saber yo. ¿Qué me dice usted, profesor Waxman?

—Que ahora ya no hay duda posible alguna —dijo roncamente el

científico. Miró a su hija Karin y esta asintió—. Sigamos. Hay que encontrar a Alexis, sea como sea...

—Es lo que esperaba oírle decir —sonrió Cole con energía—. Vamos. Terminemos de revisar esta isla. No puede estar lejos, estoy seguro...

Avanzaron solamente unos pasos, bordeando el cráter amenazador qué engullera en pocos momentos dos cuerpos vivientes, convirtiéndolos en pavesas y lava.

Habían llegado al inicio de la otra ladera, la cubierta de lava volcánica y peñascos negros, cuando la voz poderosa, rugiente, les paralizó a todos:

—¡Esperen! ¡Esperen todos! ¿A quién buscan acaso? ¿A mí?

La voz venía a espaldas suyas. Se volvieron todos, sobrecogidos por el sonido poderoso de aquella voz humana, realmente ensordecedora.

El hombre que la profería era un coloso de casi diez pies de alto. Una copia idéntica al profesor Cyril Waxman... pero considerablemente aumentado de volumen, como una estatua que reprodujese a su persona.

Pero una estatua viva. Viva y, al parecer, amenazadora.

Había surgido de una oculta grieta en las tierras volcánicas y negras, tras un promontorio pedregoso. Miraba con ojos terribles al grupo de exploradores.

—¡El profesor Waxman! —gritó Kwan Shang, atónito.

—¡Dios, mío...! —Lena era quien ahora se aferraba, frenética, a Cole, tras haber sido salvada su vida de la muerte candente por su joven amigo, y la abrazó, impresionada—. Es... es monstruoso, Frank...

—Todo lo que la ciencia quiere alterar sin razón alguna, enfrentándose a las leyes naturales, tiene que resultar forzosamente monstruoso, Lena —murmuró Cole, cubriéndola con sus fuertes brazos.

—Hermano... ¡Hermano, te he encontrado! —jadeó, triunfalmente, el profesor Waxman, encarándose a aquel doble perfecto suyo a escala superior—. Vine a eso... y lo conseguí.

Y antes de que nadie pudiera preverlo, Cyril Waxman alzó su rifle... y disparó sobre su hermano gemelo, despiadadamente.

* * *

Karin lanzó un agudo grito de horror al descubrir que el disparo había surgido del potente rifle de su padre, alcanzando en pleno corazón al otro Waxman, el monstruo agigantado de la Isla de la Calavera.

—¡Tío! —gritó con horror, mirando al hombre que se tambaleaba, con su enorme figura oscilando sobre las negras rocas, mortalmente herido por la bala que su propio hermano le disparara—. ¡No es posible! ¡Oh, papá, papá! ¿Qué has hecho con tío Alexis?

—Karin, hija, no sigas... No mires... —pidió roncamente, muy pálido y crispado, el hombre que acababa de asesinar a su propio hermano—. Tenía

que hacerlo, compréndelo...

—¿Matar? ¿Matar a tío Alexis? No, no lo comprendo... —sollozó Karin, demudada.

El gigante, ante la mirada de todos, caía de rodillas. Llevó su mano al boquete que, sobre su agrandado corazón, bastaba para causarle la muerte en pocos momentos. Se contempló los dedos enrojecidos. Luego, miró con patética tristeza a su hermano, ya borrándose de su rostro todo gesto de ira.

—Hermano... Hermano, no debiste hacerlo... —gimió—. Yo... yo no soy... Alexis... Tú lo sabes, hermano, porque tú... TU ERES ALEXIS WAXMAN, el gran científico... Yo solo... robé tu fórmula... y te robé... tú... tú... tu esposa...

Karin, creciendo su horror por momentos, soltó a quién creía era su padre, y avanzó unos pasos hacia el moribundo en medio de un impresionante silencio.

—No... no es posible... —jadeó—. Entonces tú... Tú eres mí... mi padre... Alexis Waxman...

—Karin, hija mía... —sollozó el moribundo con ojos tristes, amargos —. Nunca debiste venir. Era mejor que... que no conocieras... la verdad... Pero ya es inevitable... hija... Lo siento... Tu... tu tío Alexis... ha hecho bien. Vale más morir... a seguir viviendo... así. Perdón... perdón por... todo...

Y el cuerpo gigante cayó de bruces, quedando inmóvil sobre la piedra volcánica. Karin estalló en sollozos y se encogió sobre sí misma, cubriéndose los ojos con horror. Cole soltó a Lena, sonrió a esta dulcemente y murmuró:

—Espera. No tengas celos ahora... Debo confortar a esa chica. Es lógico que ahora necesite a alguien. No puede buscar cariño en su tío... el hombre que, con razón o sin ella, mató ante sus ojos a su propio padre...

Cole se acercó a Karin, tras asentir Lena en silencio. La acogió contra sí. La muchacha sollozó más vivamente, abrazándose al joven *budoka* y estallando en llanto contra su pecho.

—Yo... no podía hacer otra cosa —se excusó Waxman, ante las miradas sombrías de los demás—. Hubiera sido mejor que ella no supiera quién era yo. Hubiese sido su padre para toda la vida... Ella había visto tan pocas veces a mí hermano... Y éramos tan iguales... que no podía sospechar que yo era su tío, que mi hermano, mientras me ayudaba, al saber que iba a destruir mis trabajos sobre las células animales, me robó fórmulas y muestras, raptó a mí esposa Irina... y la llevó consigo, hasta esta maldita isla infernal...

—Te equivocaste en algo, Alexis Waxman. Él no me raptó nunca. Fui yo quien le eligió, y escapé con él... Valía mucho más que tú como hombre, aunque no como científico... hasta que quiso experimentar en sí mismo... y

se convirtió en un monstruo. No debiste matarle. No debiste hacerlo, Alexis...

Alexis Waxman, horrorizado, miraba ahora a la mujer que emergía de la misma grieta en la roca de donde procediera su hermano. Era una mujer madura, de rara belleza, con ojos claros, duros y fríos, acusadoramente fijos en el profesor Waxman.

—Irina... ¡Irina, tú! —gimió Waxman, mortalmente pálido—. No es posible... ¡No es posible! Tú... tú no pudiste hacerme algo así...

—Lo siento, Alexis. Es la verdad. Ahora ya lo sabes. Nunca estuve por la fuerza a su lado. Ahora, seguía con él, porque era ya solo un pobre enfermo, con la mente alterada por ese producto maldito que tú creaste y él cometió el error de robarte. No podía abandonarlo ya por nada del mundo... Y aquí me quedaré con él.

—Señora Waxman, debe volver al mundo, salir de esta isla... —le pidió el doctor Levin, dominando su horror.

—¿Salir de aquí? —ella rio sordamente—. No, no merece la pena. Ya no. No encontraría nada en ese mundo de ustedes, que me sirviera ya de aliciente para vivir. No, gracias. No me moveré de aquí. Un día, ese volcán entrará en erupción, y desapareceré con la propia isla. Será el mejor final...

—Pero no puede quedarse sola, ahora, sin... sin él —objetó Van Drutten, señalando el cuerpo sin vida del gigante—. Rodeada de animales salvajes, enloquecidos y agigantados artificialmente, señora...

—¿Sola? Nunca estaré sola, señor —rio ella, con amargura—. Esas pobres bestias que usted cita, solo son hostiles con quienes no conocen. No conmigo. Están locas, sí. Arrastran el maldito legado de esa deformidad biológica creada artificialmente. Pero son tiernas conmigo. Me quieren. Me ayudan... Seguirán haciéndolo hasta el día de mi muerte. Me traerán frutos, me darán compañía en mi soledad... Me ayudarán a enterrar a mí amado Cyril...

—Eso, lo haremos nosotros, señora Waxman —dijo Cole, gravemente —. Es lo menos que podemos hacer por usted, ya que no desea volver a la civilización. Y creo que debemos respetar ese deseo suyo.

—Gracias —le miró ella, larga y profundamente—. Veo que es usted el único que realmente me comprende... Tal vez nunca comprendan esto que hago ahora. Pero es lo menos que le debo a Cyril, ahora que ha muerto asesinado por su propio hermano. Alexis, en ti solo existió siempre el orgullo, la soberbia, el odio, la vanidad... Eso te trajo aquí, a vengarte del pobre Cyril... No sería justo que él se quedase para siempre aquí... y tú volvieses. Después de todo, viniste a esta isla por tu voluntad... y aquí te quedarás. Para siempre, Alexis... ¡Para siempre!

Su mano se había alzado con rapidez. Cole saltó, intentando evitarlo. Pero la distancia era demasiado grande. Estaba solo a dos o tres yardas de

la señora Waxman, cuando el revólver que esta extrajo de sus ropas hizo fuego dos veces contra su marido.

Alexis Waxman se encogió por dos veces, también, a cada impacto de bala en su cuerpo. Miró con estupor, con incredulidad, a la mujer que creyera raptada, y que en realidad le había abandonado. Y que ahora terminaba con su vida.

—Irina... —jadeó—. Tú... ¿Por qué...?

Las dos balas, certeras, habían entrado en su corazón. Soltó su rifle, se fue hacia adelante, tosió, asomando espuma sanguinolenta en sus labios.

—Por Cyril, tu hermano —recitó ella fríamente—. Por él. Mataste... y debes morir. Has llegado a tu destino final, Alexis Waxman...

Tosió de nuevo el herido, clavó su mirada horrorizada en Irina, y cayó dando tumbos, ladera abajo, hasta quedar inmóvil entre unas negras rocas.

Un silencio pesado, de muerte, reinó en el lugar.

Vapores sulfúricos subían del cráter cercano, tiñendo de amarillo y gris un amanecer neblinoso y húmedo. Algún pájaro salvaje, revoloteó entre las arboledas, saludando al nuevo día, o quejándose de los disparos que rompieron la paz selvática.

—La fosa será para los dos —dijo Cole lentamente, mientras Karin seguía sollozando, ahora consolada por Jessie y por la propia Lena—. La comprendo, señora Waxman, aunque no puedo justificar nunca el crimen, la muerte violenta...

—No pretendo justificarme. Le engañé con otro hombre, y luego le maté. No he sido buena esposa, señor. Pero él nunca fue un buen esposo ni un buen hombre. Era demasiado cruel y egoísta para pensar en alguien que no fuese él mismo. No vino a rescatarme a mí, sino a demostrar que era más fuerte que Cyril. A vengarse, a matarle...

Cole asintió con la cabeza. Regresó junto a sus compañeros de expedición.

—Vamos a abrir esa fosa —dijo—. Los Waxman reposarán junto a la Isla de la Calavera, después de todo ya ves...

Irina no dijo nada. Abstraída, como lejana y perdida, tiró su revólver al fondo del cráter ardiente. Luego, se sentó en las negras rocas volcánicas, la mirada vagando en el vacío.

—He destruido ya toda la obra de Alexis —explicó—. Abajo, entre esas rocas, está la gruía que fue nuestro refugio todo este tiempo. No queda nada de ese invento maldito, por fortuna para todos. No conducía a nada. Es mejor ignorarlo para siempre. Cuando ustedes se marchen de aquí, no me compadezcan demasiado. Lo poco que viva ya, será de modo apacible y tranquilo, junto a esas pobres bestias sacrificadas por la ciencia, que ni siquiera son capaces de guardar rencor a los humanos que las causan tanto daño. Ellas sí saben perdonar... o son demasiado nobles para odiar.

—No sé si podremos salir fácilmente de la isla —dijo, gravemente, el capitán Van Drutten—. Tenemos un barco, pero encalló en los arrecifes, y está averiado, señora... Tiene dos vías de agua en la bodega, está ladeado...

—Sé que habrá quienes les ayuden —suspiró enigmáticamente la mujer.

—¿Quién? —se interesó el viejo lobo de mar.

En aquel momento, el redoble de tambores se reanudó, pero justamente tras de ellos, con una sonoridad y ritmo más vigorosos que nunca. Asustados, los expedicionarios volvieron la cabeza.

Se les heló la sangre en las venas.

Tras de ellos, una hilera densa de hombres negros, de vivas estatuas de ébano, armados de lanzas y de objetos contundentes tallados en madera maciza, formaban una masa amenazadora que les cerraba toda posible salida de la zona volcánica.

Y esta vez no eran solo quince o veinte hombres que pudieran ser vencidos por los *budokas* o por las armas de los expedicionarios.

Un cálculo aproximado, daba un total de unos cien salvajes armados hasta los dientes. Ni siquiera los Tres Dragones de Oro podían absolutamente nada contra aquella masa humana, realmente temible.

—¡Dios mío...! —gimió el doctor Levin—. Estamos perdidos...

CAPÍTULO VIII

RETORNO AL MUNDO

Los negros avanzaron hacia ellos en prietas filas, sin dejar de mirarles con sus ominosos rostros, oscuros y brillantes como el azabache. Las manos se apretaban en torno a sus armas, y los tambores batían sonoramente.

El grupo de viajeros sabía que este era el final irremediable, a menos que ocurriera un milagro con el que nadie contaba. El padre Carpenter rezaba entre dientes, pero nadie esperaba que sus ruegos y plegarias fueran escuchados.

Sin embargo, el milagro se produjo.

Súbitamente, todos los negros, al unísono, como ante una divinidad suprema, se pusieron de rodillas, con gran estruendo de collares, adornos y armas. Inclinaron sus cabezas al suelo, y emitieron un grito gutural, monocorde. Los tambores cesaron.

—¿Qué... qué diablos significa esto? —farfulló Van Drutten, con su rifle a punto de hacer fuego.

—No disparen —pidió la voz serena de Irina Waxman—. Ellos se postran ante ustedes.

—¿Por qué? ¿Se lo ha ordenado usted? —quiso saber el doctor Levin.

—Yo no tengo autoridad sobre ellos —negó Irina—. Me respetan, pero nada más. A quienes respetan es a ustedes.

—¿A nosotros? —se mostró estupefacto, Van Drutten.

—A tres de ustedes, concretamente. Les denominan los Tres Señores del Poder sin Armas. Lo dicen sus tambores y sus voces. Al parecer, tres de ustedes fueron capaces de vencer a muchos de ellos, sin armas y sin matar a nadie. Eso les ha maravillado. Creen que son dioses.

—Solo somos *budokas*, señora —dijo Kwan Shang, serenamente.

—Lo imagino, pero ellos no saben eso. Ahora, son sus siervos leales. Creo que han obtenido unos aliados de inapreciable valor para ayudarles. Yo había pensado en mis animales agigantados, pero ellos lo harán mejor y más deprisa. Bastará con que les digan qué han de hacer. Yo tengo, abajo, herramientas de Cyril. Podemos resolver su problema. Especialmente, con la ayuda de esta tribu. Ellos dicen en sus cánticos, ahora, que obedecerán y respetarán a los Dioses de la Fuerza en los Pies y las Manos, como les

definen. Y lo harán, no les quepa duda.

* * *

Ciertamente, lo hicieron.

Durante unos días, mientras los Waxman eran enterrados e Irina se encerraba para siempre en su santuario, rodeada de los animales que su marido agigantó químicamente, a vivir en aquel retiro voluntario sus últimos días, los negros, en legiones dóciles y amistosas, procedieron a reparar las planchas, a mover el buque, alzándolo poco a poco, gracias a lianas y esfuerzos combinados, hasta que, finalmente, pudo ser puesto a flote en posición normal.

Solamente unas fechas más tarde, los negros se quedaban agrupados en la playa, despidiéndose para siempre del Calavera de Plata y de su gente, en especial de aquellos a los que denominaban ingenuamente los Tres Señores del Poder sin Armas.

Montones de frutos tropicales se apilaban en la cubierta, obsequio de la tribu amiga. Los Tres Dragones de Oro agitaban sus brazos desde la cubierta despidiéndose de todos aquellos leales y perfectos amigos que encontraron en una isla extraña y siniestra, cuya gran calavera rocosa, allá en lo alto del acantilado, parecía dirigirles una última mirada de despedida, también. Y a la luz del día, de regreso al mundo, a la civilización, incluso aquel horrible promontorio resultaba mucho menos siniestro que la noche de su llegada.

—Y ahora... ¡a toda máquina rumbo a Sudáfrica! —masculló el capitán Van Drutten, de nuevo en su puesto, tras comprobar que todo estaba bien abajo, en la bodega, con los rebeldes encadenados y seguros, hasta su entrega a las autoridades, cuando tocaran puerto.

Karin Waxman, pálida y triste, muy distinta a la Karin seductora y coqueta de antes, paseaba por cubierta. Cole se aproximó a ella y puso una mano en su hombro, afectuosamente.

—Ahora, Karin... a olvidarlo todo —la recomendó, con suave sonrisa —. Es el pasado. Solo el pasado. Y usted ha de vivir su juventud actual... No deje que los recuerdos amarguen su vida, muchacha.

—No, Frank —le sonrió dulcemente ella—. Gracias por todo...

Frank se alejó, mientras ella se quedaba meditando, la mirada perdida en el mar, en las brumas, acaso intentando ver lo que ya no se veía ni, quizá, vería nadie jamás: la Isla de la Calavera, allá en algún punto del África Ecuatorial.

Se reunió con Lena y Kwan. La joven mulata sonrió con alivio, y miró a Cole tiernamente.

—Por primera vez, no siento celos de esa chica, sino una infinita compasión —murmuró Lena Tiger—. ¿Crees que sabrá sobreponerse a tan

rudo golpe, Frank?

—Es demasiado joven para no hacerlo, Lena. Siempre habrá un hombre en alguna parte, que la ayude a olvidar... ¿No te has fijado en que es muy hermosa, esa muchacha?

—Claro que me he fijado —suspiró Lena—. Lo que no quiero es que te fijes tú.

Y tiró de él rápidamente, alejándole de allí, mientras Kwan Shang reía para sí, ante lo que él consideraba inexplicable psicología de la mujer occidental.

El Calavera de Plata, a toda máquina, navegaba hacia el sur. Hacia el mundo. La pesadilla quedaba atrás. Para siempre.

F I N

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento — Al terminar el primer mes — Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimula activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº. 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle **N.º** **Piso**

Población **D. Postal**

Provincia



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

Notas

[←1]

Silver Skull: en inglés, Calavera de Plata o Cráneo de Plata

[←2]

Aunque al lector poco iniciado en las Artes Marciales le parezca totalmente inverosímil esta situación y su solución final en favor de Frank Cole, el autor puede asegurarle aquí, como muy bien saben los expertos, que esta kata denominada Pinan, como otras de su misma línea, es perfectamente realizable por un karateka hábil y experimentado. Habitualmente, se practica así en los dojos, y su técnica es un poco larga de exponer aquí, por lo que el autor la ha extractado en el relato.

[←3]

En medidas métricas, aproximadamente unos tres metros de estatura, por doscientos kilogramos de peso.